

serie
¿QUIEN FUE Y QUE HIZO?



Compuesto y dedicado

A M^r. GABRIEL LAFOND DE LURCY,

*(General general de Costa Rica en Francia, antiguo Ministro Plenipotenciario, Cavallero y Comendador de las
ordenes Imperiales y Reales de la Legión de Honor de Isabel la Católica, de Gregorio el grande, etc. etc.)*

POR

M^{EL}. M^A. GUTIERREZ,

T. Coronel y Director Gral. de las Musicas Militares en Costa Rica.

Paris Ch. CAMBOGI et C^{ie} éditeurs. 112. rue de Richelieu. (Maison Frascati.)

**MANUEL
MARIA
GUTIERREZ**

EDEL

CARLOS
MELENDEZ
CHAVERRI

DON MANUEL MARIA GUTIERREZ



Presentado por

CARLOS MELENDEZ CHAVERRI

Serie
¿Quién fue y qué hizo?
No. 26



Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes
Departamento de Publicaciones
San José, Costa Rica
1979

v1.0 Editorial Electrónica – EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](#).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

INDICE

PRESENTACION

CAPITULO I:

De la música religiosa a la marcial

CAPITULO II:

La familia, la ciudad y el niño

CAPITULO III:

Carrera militar inicial, e Himno Nacional

CAPITULO IV:

Campaña Nacional, matrimonio, viaje a La Habana

CAPITULO V:

Viaje a Francia, labor musical, la era de Guardia

CAPITULO VI:

Ultimos años de vida

CAPITULO VII:

Semblanza epilodal

Anexos

Apuntes genealógicos

Hoja de servicios de don Manuel María

Composiciones musicales

Cronología

Bibliografía

Anexo fotográfico

La edición estuvo al cuidado de Juan Frutos Verdesia
de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de
Cultura, Juventud y Deportes.
Portada: Orlando García Valverde.

*"A él se debe, sin duda,
el estado actual de las
músicas militares, y es él
el que con muy justos
títulos merece el dictado
de Padre de la música
nacional. Su nombre debe
ser enaltecido y su
retrato debiera figurar en
el salón de todo costarricense
amante del divino arte".*

Otoniel Pacheco (1892)

PRESENTACION

En una sencilla casa de adobes localizada en Heredia, en la misma manzana de la Escuela República Argentina, esquina suroeste, vivieron sus últimos años dos de las hijas de don Manuel María Gutiérrez junto con su hermano Víctor, que habría de ser el último de los sobrevivientes de la familia Gutiérrez Umaña. Entre 1945 y 1947, sobre todo, don Víctor me facilitó para copiar, la mayoría de los papeles pertenecientes a su señor padre, y desde entonces acariciábamos la idea de escribir una pequeña biografía del autor del Himno Nacional.

Escuchamos de don Víctor muchas anécdotas interesantes, las cuales enriquecieron nuestros juicios sobre su señor padre. Más tarde hemos podido recoger información complementaria de distintos orígenes, quedándonos sobre todo el sinsabor de no poder hallar mucha de la música compuesta por Gutiérrez, que habría contribuido a darle una nueva dimensión al enfoque biográfico, al menos al

través de una persona calificada en este ramo, dada nuestra ignorancia en el tema.

Don Víctor conservaba además de los papeles y diplomas de su padre, dos álbumes de fotografías, en los cuales, y a nuestras instancias, se anotó la identidad de las personas.

Pasaron muchos años y don Víctor Gutiérrez, tras vagar por algunos lugares de pensión en San José, fue internado en el Asilo de Ancianos de Alajuela, donde murió. Nunca se separó de la medalla con que el presidente Mora condecoró a don Manuel María, que era de oro. Tras su muerte, desconocemos la suerte corrida por la misma.

Unos pocos papeles personales de su padre, junto con los diplomas de títulos militares, fueron entregados en vida de don Víctor al Museo Nacional, donde se guardan. Pero la mayoría de sus papeles, habían quedado abandonados en una de las residencias donde había vivido en San José y uno de sus herederos, que había recogido algunas de sus pertenencias, había indicado que lo demás fuese echado a la basura. Antes de que esto ocurriera, tuvimos la suerte de localizar el lugar donde se hallaban los papeles, y de que se me obsequiaran en vez de cumplir con lo resuelto por el heredero. Así fue como hace más de veinte años adquirimos parte del material que aquí hemos utilizado.

Don Manuel María no fue en la realidad un genio en la música ni cosa que se parezca. Mas viene a ser la persona que durante el siglo XIX hizo más por extender la cultura musical en el país, al grado de que quepa tenerlo como lo dice Otoniel Pacheco en 1892, como el Padre de la música costarricense.

Al través de las páginas que siguen, nos hemos esforzado por dejar apenas esbozadas las líneas directrices básicas de su biografía y de su obra cultural. Representan una modesta contribución nuestra, para la celebración del ciento cincuenta aniversario del nacimiento de don Manuel María, a celebrar el día 3 de setiembre de 1979.

Queremos agradecer al Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes por la edición de esta corta biografía, y en particular al señor Juan Frutos Verdesia, quien se ha empeñado en hacerla aparecer en muy breve tiempo.

El ejemplo de don Manuel María, al través de una vida de dedicación y constancia hacia la cultura musical, y el hecho de ser él mismo el autor de nuestro máximo canto, el Himno Nacional de Costa Rica, le hacen merecedor de entrar en esta galería de personalidades patrias, con el fin de comprender su significado y trascendencia de su obra.

Carlos Meléndez Ch.

Heredia,
6 de Agosto de 1979

CAPITULO I

DE LA MUSICA RELIGIOSA A LA MARCIAL

La independencia política de las naciones de Hispanoamérica, requirió luego de un necesario complemento, la emancipación ideológica. Es decir, que no bastó el hecho de que los criollos accedieran al poder, sino que se hizo necesario que esa generación diera comienzo a la lucha por la educación, por el cambio de mentalidad de los pueblos americanos.

Esta lucha se libró en los distintos campos, ya en la escuela, en la prensa o en el terreno de la acción. Por ello el chileno Lastarria expresaba al respecto:

"Estaba terminada la revolución de la independencia política y principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró en nuestra sociedad".

Andrés Bello, al señalar esta necesidad de nuestra emancipación mental, nos dice:

"Estábamos en la alternativa de aprovechar la primera oportunidad o de prolongar nuestra servidumbre por siglos".

Y para enfatizar en el tema, concluye señalando que

"debíamos educarnos a nosotros mismos, por costoso que fuese el ensayo" (1).

A la hora de comenzar nosotros este enfoque sobre la historia de la música en Costa Rica a comienzos del siglo XIX, debemos tener presente en nuestro pensamiento estas ideas, dado que el proceso con que nos encontraremos, tiene en forma clara este lineamiento de emancipación intelectual, manifiestamente secularizador en el terreno de la música.

Así, en las primeras huellas documentales, nos encontramos por caso que en agosto de 1803 el cura de San José, el presbítero don José María Esquivel celebró un contrato con los profesores de música Tomás Guzmán, José Angel Peraza, Cosme Castro y Pedro Jiménez, quienes se comprometen a cumplir con las entonces numerosas festividades religiosas durante el año, con un salario mensual, el primero de 3 pesos con dos reales, el segundo por 3 pesos y los restantes por 2 pesos con 4 reales (2).

En el siguiente año nos hallamos con que los principales vecinos de Heredia se obligan en el mes de julio, a pagar anualmente 108 pesos, para mantener en la iglesia parroquial una orquesta compuesta por cuatro operarios, para solemnizar las festividades religiosas de dicho templo. Fueron ellos los músicos Francisco Borbón, Matías Fonseca, Eusebio Castillo y José Manuel Cascante (3). El hecho adquiere mayor relevancia, si recordamos que por entonces el vecindario se hallaba realizando una empresa extraordinaria, como era la de levantar el templo parroquial, de modo que a estas cargas comunales, se agregó a los vecinos principales la de la música del templo anexo, que era el que estaba en servicio, al menos hasta que se concluyera el que se levantaba apenas en sus cimientos. El salario de cada músico resulta ser mensualmente de 2 pesos con 2 reales, suma ligeramente más baja que la que percibían los músicos contratados por los vecinos de San José, el año anterior.

Ante estos datos, cabe pensar, como todavía hoy suele suceder, que estos músicos compensaban este bajo salario con actividades propiamente libres, de amenizar festividades y bailes profanos, que les brindaban ingresos adicionales.

Doce años más tarde, en noviembre de 1816, los principales curas de Heredia junto con sus más distinguidos vecinos, contratan al maestro José María Morales para que atienda la música de la parroquia y para que adicionalmente asuma la enseñanza de niños, por el término de cinco años (4). Este esfuerzo resulta de especial interés, por razón de dar inicio a la primera escuela de música habida en la ciudad de Heredia. Por esta misma época viene a la provincia de Costa Rica procedente de Nandaime en Nicaragua, como acompañante del Obispo Fray Nicolás García Jerez, el músico don Damián Dávila. Don Damián es el fundador de una familia que alcanzó renombre en el campo musical e intelectual en el país. Casó con una dama herediana, doña Antolina Gutiérrez, tía de don Manuel María Gutiérrez, y a la vez cabe a firmar que fue el primer maestro que tuvo este destacado músico costarricense (5). A su lado se formó profesionalmente, dado que se constituyó en uno de sus más inmediatos colaboradores, antes de que la carrera militar le llevara por otras sendas.

En 1827 el maestro organista oriundo de Nicaragua también, don Pablo Jirón, fue contratado para servir en la iglesia parroquial de Heredia, a la vez que contraía la obligación de enseñar a niños en este arte (6). Según la atinada observación del profesor don Luis Felipe González, el señor Jirón fue el primer maestro organista de que se tiene conocimiento en el país, hecho que cabe ser resaltado en lo que significa dentro del proceso de desarrollo de la educación musical en el país.

Hasta el momento, por las huellas documentales que es dable encontrar sobre este tema, es relevante el papel que la Iglesia desempeña en sus nexos con la música. Diríase que es ella la que conserva y mantiene dicho culto a este arte, diluyéndose toda huella conforme nos alejamos de ella. El hecho no debe en modo alguno sorprendernos, dado que durante el régimen colonial es la Iglesia la que conserva de un modo más vivo y permanente, los elementos fundamentales de la cultura tradicional.

Ello por supuesto, no obsta, para que a nivel del pueblo, se den formas más simples de música profana, a menudo de índole amorosa y recreativa, a más de formas sencillas de danzas y otras manifestaciones corográficas, de las que saldrán luego las llamadas hoy danzas folklóricas.

En nuestro proceso político posterior a 1821, puede afirmarse que las fuerzas secularizadoras actúan de un modo cada vez más creciente. Los conflictos armados en especial dentro del país, fortalecen una tendencia militarizante, que entre otros requerimientos tácticos y de disciplina, necesita de cornetas, tambores y otros instrumentos de ordenanza. Por caso en mayo de 1842, durante el breve período de gobierno del General Francisco Morazán en Costa Rica, nos hallamos con que el ejército contaba con una pequeña banda de música, que posiblemente fue la primera habida en el país. La misma se componía de cuatro clarinetes, un pito, un serpentón, un fagot, un bombo y un tambor (7). Como Tambor mayor, a modo de director de la misma, figura Juan Morales, de quien adelante tendremos que hablar, pues parece ser el mismo que proveniente de Nicaragua, figuró de un modo activo en el desenvolvimiento de la música en Costa Rica en esta época.

La historia de las bandas militares en Costa Rica parece en consecuencia arrancar de esta primera experiencia con Morazán. Poco más tarde, a raíz del trágico drama de setiembre que culminó con la muerte del dicho General, y de la desmilitarización a consecuencia de que la mayor parte de las milicias eran de otros estados centroamericanos, la banda debió desaparecer. Es interesante, y nunca se han dado en el país los detalles principales, que explican la llegada a Costa Rica de quien habría de convertirse en el primer director de la Banda Militar en San José.

Don José Martínez, natural de San Agustín de la Florida, parte española que fue de los actuales Estados Unidos de Norte América, vino en 1841 a Centro América. Desembarcó en el puerto de Omoa en Honduras, y de allí con sus compañeros Manuel Navarro, español y José Guida, italiano,

decidieron pasar a San Miguel en El Salvador. Traían como instrumentos musicales un clarinete, una trompa, un bulce o más bien Bugle, especie de corno, y un redoblante.

El concierto que estos aventureros dieron en San Miguel provocó gran novedad y sobre todo entusiasmo, de manera que el Comandante Departamental el Teniente Coronel don Manuel Cañas, se apresuró a celebrar una contrata para que pasasen a San Salvador a ponerse a las órdenes de la Comandancia General del Estado, al pensar en la posibilidad de que se dispusiera establecer en ella una banda moderna, de la que hasta entonces se carecía.

Hallándose en San Salvador, tuvieron ocasión de entrar en contacto con un acaudalado comerciante español radicado en Costa Rica, don Francisco Giralt. Invitó este señor a los músicos a que de inmediato se embarcasen en su navío con destino a Costa Rica, en el momento en que se disponían más bien a partir hacia San Salvador. Tras serias vacilaciones, optaron por acceder a la invitación y de San Miguel salieron furtivamente a altas horas de la noche, hacia el puerto de La Unión, donde se hallaba un navío.

Al día siguiente tuvo noticia el Comandante de San Miguel de lo ocurrido y éste, sintiéndose burlado, decidió enviar un piquete de caballería para que persiguiera a los fugitivos. Los músicos fueron aprehendidos cerca de una barranca nombrada La Trinchera, desde donde se divisa en forma plena la quieta bahía en donde se halla el puerto de la Unión.

Bajo la vigilancia del piquete, retornaron a San Miguel, donde se les censuró su proceder. Poco más tarde, escoltados por un Oficial que les sirvió de guía, se movilizaron hacia la capital. En ella el General Francisco Malespín les recibió lleno de entusiasmo, acordándose casi de inmediato la formación de la primera Banda Militar de Centro América, la cual quedó bajo la dirección de don José Martínez. Tanto éste como sus acompañantes, se constituyeron en los primeros maestros para la formación del cuerpo de músicos que se necesitaba. El gobierno mandó a pedir a Belice, el instrumental que se necesitaba para este propósito (8).

La historia por supuesto, no termina aquí. Más bien empieza. A principios de 1844 el General Malespín al tener conocimiento de que Manuel José Arce con tropas de Guatemala había invadido territorio salvadoreño, marchó con su ejército a la defensa de El Salvador. Resultó triunfante en los primeros enfrentamientos contra Arce y tras negociaciones diplomáticas la situación no pasó a más, pues se llegó en agosto del mismo año a firmarse la paz en la Hacienda de Quesada. En estas negociaciones cerca de Ahuachapán, hubo oportunidad de que el General Malespín se encontrara con el General Rafael Carrera de Guatemala. Una noche dio Malespín una serenata a Carrera, con la Banda Militar Salvadoreña, acto éste que impresionó bastante al General guatemalteco, al darse cuenta de que su país carecía de una banda como la que tenía su contendiente. De inmediato conversó con el maestro Martínez, con el objeto de que accediera a trasladarse a Guatemala, ofreciéndole por supuesto un mejor contrato que el que tenía en El Salvador.

Martínez pasó en efecto a finales de 1843 a Guatemala. Carrera comisionó entonces a don Juan Matheu para que ayudase a Martínez en la organización de la banda militar. Para el efecto, se envió a hacer traer desde La Habana, los instrumentos musicales que se necesitaban, así como se pidieron uniformes. Del mismo modo se procuró al través de los distintos comandantes de los cuerpos militares, que se hiciese la selección de las personas más idóneas escogidas entre los jóvenes que mostrasen mayores aptitudes para este divino arte. De este modo el número de los primeros reclutas ascendió pronto a cincuenta, entre los que se seleccionaron más tarde a los más calificados para constituir la primera banda marcial. Y por supuesto, que el primer concierto que dio dicha banda, lo hizo en la sala del General Carrera, una noche. Se dice que mientras los músicos ejecutaban su concierto, Carrera apretaba en silencio con gran entusiasmo, la mano de don Juan Matheu, en señal de agradecimiento y satisfacción por el hecho que ocurría.

Pese a que los historiadores de la música en Guatemala, afirman que Martínez estuvo en el país cerca de tres años, pronto mostraremos nosotros que en realidad su presencia en esa tierra fue de alrededor de dos años. De su labor en Guatemala, escribió hace más de un siglo don José Sáenz Poggio, quedaban todavía en Guatemala los hermosos toques de ordenanza que él había enseñado, y que probablemente sean los mismos que a su vez, vino a enseñar el maestro Martínez a nuestra tierra (9).

Viose envuelto Martínez en Guatemala en una conspiración política contra el General Carrera, la que descubierta le obligó a una pronta fuga hacia El Salvador. Y recordando su primera experiencia en San Miguel, dispuso trasladarse de seguido a Costa Rica. Embarcóse en el puerto de Acajutla a principios de noviembre de 1845, a bordo del bergantín chileno Orfilia. Tras diez días de navegación, arribó al puerto de Puntarenas el 20 del mismo mes. Según el reporte de entrada, venía con su familia (10).

El maestro Martínez había sido en La Habana Director de la Banda del Regimiento de León. Hallándose en este cargo, conoció a una distinguida dama, doña Mercedes Ponce de León, con la que contrajo matrimonio. Es bastante probable que al venir a Centro América hubiese pasado sin su compañía y cabe pensar que hubiese sido durante su estadía en Guatemala que volvió a reunirse con ella, dado que hay huella de su presencia en Costa Rica (11).

Ante estos detalles cronológicos, resulta evidente que el Maestro Martínez debió permanecer de un modo aproximado dos años en Guatemala, a partir de octubre de 1843, hasta cerca del mismo mes de 1845.

Para comprender mejor el momento de la llegada del distinguido músico español a nuestra patria, es preciso determinar la situación existente en el campo de la música marcial costarricense.

Parece bastante probable que la venida de Morazán a Costa Rica a partir de abril de 1842, para su efímero gobierno de cinco meses que culminaría de un modo trágico con su fusilamiento, marca el arranque de nuestra música marcial. Los datos acerca de su organización militar se encargan de convencernos sobre el asunto. Poco tiempo más tarde, en marzo de 1843, al promulgarse el reglamento para la organización del Ejército de la República, se empieza el dicho documento a razonar de que es preciso organizar las milicias de un modo distinto a como lo estaban a ese momento, no sólo para asegurar la paz interior sino además la defensa exterior, o en modo absoluto, la conservación del Estado. Y como con Morazán se habían visto por vez primera en el país, las bandas militares, cada compañía contaría al menos con cinco tambores, cornetas o clarines. De igual manera, de un modo no lo suficiente preciso que quisiéramos, se habla de una banda constituida por tambores y clarines mayores, que serían los superiores jerárquicos del cuerpo, por clarín de órdenes, diez clarinetes, ocho cornetas, seis pitos, dos trompas, cornabacetes y serpentones (12). Se trata en consecuencia de la primera banda militar habida en el país, constituida por los datos que deducimos del documento, por un cuerpo de alrededor de treinta y cinco músicos. Conforme a los detalles de la misma ley, concluimos en que el uniforme utilizado por este cuerpo consistió en un pantalón blanco con faja encarnada y en vez de chaqueta algo semejante llamado "polaca", blanca también, con cuello encarnado. Un gorro o kepis encarnado complementaba el atuendo formal de esta milicia.

De manera que la presencia acá del Maestro Martínez, lo que vino fue a consolidar y a darle la disciplina y los conocimientos musicales, al cuerpo constituido escasos dos años atrás por orden del Jefe provisorio del listado, don José María Alfaro.

El diputado por la provincia de Heredia, don Nicolás Ulloa, sabedor de la presencia en el país de tal valioso sujeto, presentó ante la Cámara de Senadores el proyecto de ley para establecer una Dirección general de bandas y a la vez la apertura de la primera escuela de aprendices, con el objeto de reclutar al través de la misma, a los mejores alumnos que habrían de alimentar los cuerpos marciales.

Veamos la parte más importante del decreto, en la que se dan las razones justificativas:

"La Cámara de Senadores del Estado libre de Costa Rica, considerando: que la música marcial del Estado se halla en el mayor atraso por falta de un inteligente que la fomente y perfeccione; que determinada por la ley la que debe haber en el ejército, es de imperiosa necesidad promover la instrucción de las personas que la compongan; que para ello es indispensable contratar un profesor acreditado; y que actualmente se encuentra en el Estado uno que puede encargarse de la enseñanza sin que sea tan gravoso al erario público como cualquiera otro, cuya conducción tendría el Gobierno que costear..."

Esta ley, promulgada el día 31 de diciembre de 1845, termina en la parte resolutive siguiente:

"Art. 1o. Se faculta al Ejecutivo para que bajo las bases más adecuadas que estuviesen a su alcance, contrate con un profesor la enseñanza de los jóvenes que crea necesarios para formar la música del ejército del Estado, pudiendo asignarle hasta la cantidad de doscientos pesos mensuales que se pagarán del tesoro público.

Art. 2o. Se le faculta igualmente para comprar los instrumentos que se necesiten para dicha música, tomando del mismo tesoro la cantidad correspondiente" (13).

Es gracias a esta ley y a la feliz circunstancia de la presencia en nuestro suelo del músico don José Martínez, que se da inicio a una importante proyección de las milicias en la vida institucional del país, dado el carácter educativo en el terreno de la música, que las mismas han ejercido en nuestra tierra.

Es bastante probable que las bases de la enseñanza de Martínez sean las que han servido de orientación a las milicias nacionales. Del mismo modo como en Guatemala se ha afirmado que los toques de ordenanza fueron los que él enseñó, tendríamos que pensar que son los mismos que aun escuchamos en las bandas nuestras. Esto vendría a echar por los suelos, la creencia de muchos de nuestros viejos músicos, que fue don Manuel María Gutiérrez su autor. Nuestro respeto y admiración hacia el Maestro Gutiérrez, no debe parcializarnos para adjudicarle méritos que corresponden a otra persona.

Al reglamentarse en 1850 las milicias de la República, no se habla allí de modificación alguna a la estructura de las bandas, de modo que, cabe entender se tenía por adecuadas las leyes vigentes. Esto se debía, sin lugar a dudas, al estado de las bandas marciales bajo la superioridad del Maestro Martínez.

Por desgracia faltan los documentos que nos permitan aproximarnos de mejor modo a una correcta apreciación de la labor realizada por tan distinguido músico. Solamente tenemos conocimiento de que el Maestro Martínez murió en San José en el desempeño de su cargo, a principio del año de 1852, hecho que para don Manuel María Gutiérrez habría de significar su carrera de ascensos, al convertirse en su sucesor en el cargo de la Dirección General de Bandas.

Tentados nos sentimos en hacer la historia de las bandas militares en el país. Falta sin embargo la información pertinente y además, no es este el lugar para extendernos en el tema.

Las bandas marciales debieron sufrir algún retroceso fuera de San José, a raíz de los acontecimientos de Alajuela de 1847 y 48, en los levantamientos contra el gobierno del Dr. José María Castro. En esta oportunidad se suprimieron las milicias provinciales y con ello las bandas que en dichas comunidades existían. No debió sin embargo durar mucho esta situación, dado que el Presidente don Juan Rafael Mora al reorganizar las milicias, restableció en 1850 la estructura militar en todo el país. En 1852 a más de la de San José, funcionaban bandas en otras cabeceras y en 1860 tenemos conocimiento de que las había, así, como en la capital, en Alajuela, Heredia, Cartago, Liberia, Puntarenas y San Ramón. Todo ello denota un adecuado crecimiento de las bandas en el país y pensamos además, que una creciente separación del carácter militar de las mismas, en beneficio del arte musical por sí.

NOTAS

1. Las citas provienen de Zea, Leopoldo. 1965, 1:77.
2. Sanabria, Víctor. 1929-32, II: 125.
3. Archivos Nacionales, 1904;316-317.
4. Op. cit., p. 3 51.
5. González Flores, Luis F., 1947:3.
6. Archivos Nacionales, 1904:407.
7. Archivos Nacionales. 1939:654.
8. García, Miguel Angel. 1952:379-380.
9. Sáenz Poggio, José. 1947:29.
10. Mentor Costarricense (22 de noviembre de 1845):68.
11. Archivos Nacionales, 1904:688
12. Oficial, 1861:12
13. Oficial, 1862:208-208

CAPITULO II

LA FAMILIA, LA CIUDAD Y EL NIÑO

Don Cayetano Gutiérrez fue un cartaginés que al menos desde 1762 figura ya como vecino de Heredia, por haber casado allí con dama principal, doña Bárbara Ruiz. Debió con el tiempo hacer alguna fortuna, a más de ganar prestigio en la comunidad. Su casa de habitación era sin lugar a dudas una de las principales de Heredia, situada frente a la Plaza mayor, en la esquina diagonal al suroeste del templo parroquial.

De este hogar de prestigio podríamos citar los nombres de sus once hijos. Aun cuando la primogénita fue una mujer, debemos citar aquí al mayor de los varones, Francisco Anselmo, quien casó más tarde con Manuela Gertrudis Flores, con quien procreó tres hijos, dos de ellas mujeres, Dámasa y María, esposa la primera de don Dámaso Lizano, padres de don Joaquín y don Saturnino Lizano y la segunda es María, esposa de don Rudecindo Guardia y en consecuencia padres de don Tomás Guardia Gutiérrez.

Otro de los hijos de don Cayetano fue don Cipriano, que se ordenaría sacerdote.

Don Cayetano quedó viudo en 1795 y ya a principios del 97 le hallamos de nuevo casado con doña Nicolasa Flores, que habría de darle seis hijos. La tercera de estos Gutiérrez Flores, llamóse Ana, que habría de ser la madre de don Manuel María Gutiérrez; la cuarta fue Adelina, esposa del músico don Damián Dávila; la quinta fue Ramona, quien en 1825 casó con don Raimundo Trejos, padres de don José Gregorio Trejos (1).

Don Cayetano fue un hombre activo en el campo de la agricultura e incluso de la construcción, a juzgar por el ejemplo que de inmediato habremos de referir. En 1790 se comprometió con el vecindario de la entonces nombrada Villa Vieja, hoy Heredia, para la fabricación y edificación por dos mil pesos, de la nueva casa de cabildo y cárcel pública que querían levantar en el sitio del antiguo cabildo, en el lado este de la manzana inmediata al norte de la Plaza Principal. Dada la importancia del compromiso, este fue autorizado por el entonces gobernador interino de la provincia, don Juan Pinillos.

Para la financiación de esta obra, se levantó una lista de vecinos, tanto de la villa como de los barrios de la circunscripción, que por entonces comprendía incluso lo que es hoy jurisdicción de Alajuela.

La obra a construir, consistía en un espacioso edificio con corredor frente a la plaza, de cerca de cincuenta varas de largo, cerrado con barandales de madera. La obra era edificada de adobes y techada de teja; en su interior habían varias piezas para oficinas y calabozos. Tenía por el lado del noreste un portón de acceso a los patios interiores, ya que en esta época los animales tales como caballos, eran indispensables para movilizarse, de modo que el patio más adelante fue empedrado para evitar los lógicos problemas en una región de muchas lluvias como es nuestra tierra.

Don Juan Agustín de Porras en su condición de Alcalde ordinario de la población, fue el encargado de supervisar la realización de la obra, que a la postre habría de darle a don Damián muchos dolores de cabeza. En efecto, hallándose ya hechos los cimientos, sobrecimientos y echadas incluso dos hiladas de pared en todo el perímetro de la edificación, vino la oposición del vecindario, por haberle dado a los cimientos una vara de hondo, cuando los vecinos consideraban que los mismos debían tener cinco cuartas, y dos más los sobrecimientos. La justicia intervino para obligar a don Cayetano a desbaratar lo hecho, para ajustarse a lo demandado por el pueblo. Don Cayetano vio en todo esto

un poco de mala voluntad de las gentes, pero no por ello desmayó, tras destruir lo edificado para ajustarse a las demandas. Algo semejante sucedió ya al final con el tejado, que se consideró mal acabado, por lo que hubo que desentejar la obra y colocar la teja de modo más tupido.

Y para colmo de males, una deuda que quedó pendiente de este trabajo, no le fue satisfecha a don Cayetano, quien por este motivo se vio obligado en noviembre de 1792 a plantear formalmente un reclamo por los 260 pesos que se le debían. Hubo algunos alegatos del vecindario, orientados hacia una acusación al Alcalde mayor, teniéndolo como el responsable de la deuda, aun cuando el mismo había ya fallecido, de manera que se hacía responsable a sus herederos. El pleito fue prolongado y en última instancia elevóse a la Audiencia que residía en la capital de Guatemala. El fallo reconoció los derechos de don Cayetano, que por ligeras recalificaciones se tasó en 212 pesos con seis reales, más las costas para el vecindario, que ascendieron a 187 pesos con un real. Es decir, que a la postre los vecinos de Heredia por no querer pagar poco más de doscientos pesos, tuvieron que pagar cuatrocientos. Tal son a veces los frutos de un mal consejo y de la necesidad de la gente (2).

La obra del cabildo de Heredia estaba llamada a sobrevivir por muchos años, como que no fue sino al finalizar la segunda década de este siglo, que la misma fue demolida por ser su estado ruinoso, para dar cabida al famoso *Play-ground* con que dotara a la ciudad de Heredia el profesor don Luis Felipe González Flores.

Don Cayetano Gutiérrez fue un hombre longevo. En 1816 declara ser de edad muy avanzada, sin fijar con precisión su número de años, que nosotros con la información incompleta con que contamos, no hacemos mayor de los ochenta años. Poco tiempo después de este testimonio, debió haber fallecido nuestro personaje, dado que no volvemos a hallar huella testimonial de su existencia. Ignoraba al morir la suerte de su descendencia, que le enaltece en su memoria, dada la figuración y relevancia de algunos de sus nietos y bisnietos, en la vida política y cultural del país.

De la Heredia de los albores del siglo XIX, tenemos algo que decir. En primer término que el vecindario en un gran empeño religioso, siempre devoto de la Inmaculada Concepción, gastó por muchos años grandes recursos en la edificación del templo parroquial, que habría de terminarse pocos años después de la Independencia. Sobreviven hoy de esa añosa edificación, las dos grandes torres de sabor románico y las gruesas paredes de piedra y calicanto que constituyen el sólido cuerpo del templo, reforzado con los pesados contrafuertes de los costados, para constituir lo que Kelemen ha llamado la arquitectura barroca sísmica de la América Central. Entre las dos torres se halló el atrio del templo, una sencilla tradición neoclásica, el que cayó destruido a raíz del terremoto de 1851 y que al reconstruirse cinco años más tarde adoptó la forma que hoy el mismo presenta.

Las festividades de la Inmaculada Concepción, eran el evento principalísimo de la ciudad en todo el año. Por un lado mantenía su carácter religioso. En un viejo devocionario de 1783 impreso en Guatemala, he encontrado una estrofa del verso de una oración que todavía hoy se suele escuchar en Heredia para la Virgen:

*Por tu Limpia Concepción
¡Oh Soberana Princesa!
Una muy grande pureza te pido de corazón*

Era usual entre los vecinos, encalar el exterior de sus casas en esta fecha, así como desyerbar los frentes de la calle, para que luciera mejor en su aspecto externo la ciudad.

A más de las numerosas festividades religiosas que en honor de la Inmaculada tenían verificativo, solían realizarse festividades cívicas, entre las que cabe citar corridas bufas de toros y la llamada fiesta de moros y cristianos, que el inglés John Hale nos describe de la siguiente manera:

"En esta plaza empiezan las fiestas con un simulacro que hacen los indios, de la conquista de su país por los españoles. Se dividen en dos partidos: uno representa a los españoles y el otro a los indios con sus trajes más grotescos, capitaneados por sus caciques o su rey. Por lo general los españoles lo están por un padre o sacerdote, que blande un crucifijo y asperjea a los indios con agua bendita. Este papel lo desempeña un indio. Después de un combate simulado los indios resultan por supuesto derrotados y convertidos. Luego viene una corrida de toros, de la que se excluye la parte trágica, permitiéndole al animal escapar con vida, lo que dice muy bien de los sentimientos de los espectadores. Las diversiones nocturnas concluyen con bailes, fuegos artificiales, etc.; y como en esta ocasión todas las gentes de la provincia que pueden hacerlo se reúnen en la villa, hay mucha hospitalidad, mucha jovialidad y muchos regocijos que duran varios días" (3).

Tal es, a grandes rasgos, la fisonomía global de la Heredia en que le tocaría en suerte nacer al personaje cuya biografía nos ocupa. He aquí la partida de bautismo de don Manuel María, en texto modernizado para facilitar su lectura:

"En la Santa Iglesia Parroquial de Heredia, a tres de Setiembre de mil ochocientos veinte y nueve, yo el Teniente de Cura Ciudadano Joaquín Flores, hice los exorcismos, puse oleo y Crisma y bauticé solemnemente a Manuel María de Jesús, hijo natural de la ciudadana Ana Gutiérrez. Fue madrina la ciudadana Liboria Gutiérrez, a quien advertí su obligación y parentesco espiritual, lo que firmo.

Joseph María Porras

Al margen se lee: Manuel María de Jesús Gutiérrez, nació el 3" (4).

El texto transcrito nos impone algunas aclaraciones. En primer término su madrina resulta ser hermana de padre de la madre de don Manuel María, e hija menor del primer matrimonio de don Cayetano.

Pero el dato más importante es el hecho de ser hijo natural. En consecuencia nos tropezamos con un velo de misterio en la vida de doña Ana Gutiérrez, del que el testimonio documental poco nos ayuda con el propósito clarificador. Don Víctor Gutiérrez, hijo de don Manuel María que nos sirvió como informante acerca de la vida de su padre, silenció siempre este hecho y nosotros no nos atrevimos nunca a planteárselo de un modo concreto, aun cuando sabíamos de tal origen extra-matrimonial. Por otro lado, tuvimos oportunidad de hablar al respecto con otros músicos de edad, muy ligados a Heredia, quienes nos aseguraron que el padre de don Manuel María lo había sido un músico nicaragüense, don Cruz Morales (5). Sin embargo, no hemos podido encontrar huella documental alguna acerca de esta persona, no así en torno a don Juan Morales, cuyo nombre completo parece haber sido Juan Evangelista Morales, fundador de una familia distinguida de músicos en Heredia (6). Conforme a los datos tradicionales en dicha familia, don Juan Evangelista sería hijo de don Cruz Morales y ambos serían originarios de Rivas en Nicaragua.

En resumen, la que podríamos llamar vocación musical de don Manuel María habría venido por herencia paterna, como resultado de ese fortuito amor cuyos frutos debieron haber provocado en la ciudad más de un comentario asaz crítico contra el desliz de dama de tan relevante familia de Heredia. Y hasta nos atrevemos a pensar que el ambiente alegre y festivo de la celebración de la Concepción del año de 1828, debieron serla causa de esta aventura amorosa cuyo fruto estaba llamado a un destino de importancia en la vida del país.

El nombre de Manuel debió serle puesto para halago del presbítero del mismo nombre y apellido, sobrino de doña Ana y primo del neonato. En la realidad el niño Manuel María era el hijo segundo de doña Ana, quien ya era madre de Juan Vicente, nacido el día 8 de marzo de 1826 y con quien don

Manuel María tuvo especial afecto, dadas sus peculiares dotes que lo hicieron figurar en cargos de relieve en su ciudad (7).

Años más tarde, el 23 de abril de 1835, nacería otra hija a doña Ana, habida como los otros, fuera de matrimonio, y su nombre fue el de Esmeralda Gutiérrez. Y en la realidad en el bien de los menesterosos y en la ayuda a los necesitados, fue una auténtica esmeralda. Fue la esposa del rico cafetalero y progresista empresario don Braulio Morales Cervantes (8).

Don Víctor Gutiérrez nos contaba que su padre desde muy corta edad mostró grandes facilidades para la música y que a la gente de Heredia le llamaba mucho la atención ver a un niño de corta edad, unos siete u ocho años, ejecutando con rara habilidad el violín, en compañía de don Damián Dávila, su tío político y verdadero primer maestro de música que tuvo don Manuel.

Don Damián, casado con doña Antolina Gutiérrez hermana de doña Ana, convivía con la familia de ésta en la misma casa que fuera de sus padres, frente a la plaza principal de la ciudad. Esta circunstancia facilitó sin lugar a dudas el proceso de aprendizaje del incipiente músico. Más aun, el año de 1836, cuando apenas contaba el infante Manuel María con siete años de edad, don Damián abrió una escuela de música en Heredia, la primera de que se tiene noticia, en la que estuvo como alumno el futuro autor del Himno Nacional (9).

De escasa edad, ganaba ya el niño Manuel María su dinero, ora en el servicio musical dentro del templo parroquial, ya en serenatas y otras actividades públicas en las que se demandaban al través de don Damián, sus servicios en el ramo musical.

La época de la festividad de la patrona de la ciudad, debió ser incluso el período más intenso de servicios musicales, como es lógico imaginarlo. Los actos cívico-religiosos, siempre animados por pólvora y música, debieron para el joven Gutiérrez tener particulares rasgos, al convertirse en uno de los más activos y jóvenes elementos para su realce.

Si desde la perspectiva de nuestro tiempo, tendemos una mirada hacia la década de 1840, que es cuando apenas empieza a adquirir cierta relevancia en la comunidad herediana el nombre de Manuel María Gutiérrez, tendremos que empezar reconociendo que el campo en que empezaba a luchar, estaba ocupado por unas pocas personas y que lo más seguro ellas no gozaban en modo alguno de elevados salarios ni ventajas grandes, dentro de las limitaciones en que se solía vivir entonces en la comunidad.

Pero en la época del despertar económico de Costa Rica promovido por los inicios de la economía cafetalera dentro de todo el Valle Central, y de la región de Heredia en particular.

Hay entonces, de un modo manifiesto, un empeño colectivo en llegar a crear lo que en adelante habría de ser la base de nuestra prosperidad económica. Y es en consecuencia ese tiempo de mucha actividad, ya en la modificación del paisaje agrario, que generará de un modo notorio el fortalecimiento de los núcleos urbanos, Heredia inclusive. El estado mismo muestra su interés por la construcción de caminos, en particular el carretero a Puntarenas, tan necesario para poder conducir por esos vehículos arrastrados por bueyes, los sacos cargados de café para su correspondiente exportación.

Se empieza a generar una riqueza hasta entonces no vista en todo los sectores de nuestra sociedad. Los días de mercado cobran inusitada actividad y conforme los vínculos con el mundo exterior se intensifican, las mercancías de origen extranjero, se hacen cada vez más frecuentes en los puestos de venta que se improvisan frente a la plaza de la ciudad.

La plaza que pasados muchos años habría más tarde de convertirse en lo que es hoy, el Parque Central de Heredia, cobraba mucha actividad los días domingo. Si bien entre semana era dable observar a algunos animales que tranquilamente pastaban en la plaza, los domingos el panorama variaba de un modo notorio. Pequeños puestos improvisados, mostraban telas de muy variados colores y calidades; otros ofrecían frutas y verduras, o granos y el dulce de panela en forma cónica que llamaban pan de azúcar-, más allá se encontraba el mercado de leña e incluso de animales y en vasijas de barro y algunas armazones improvisadas, se hacía colgar la carne, que el cliente llevaba colgando de la mano, sostenida con fibra tosca de las hojas de itabo. En las tardes de lluvia pronto desaparecían las ventas y la plaza quedaba pronto desierta; en las del verano o cuando la lluvia no caía, poco a poco los vendedores iban desamparando la plaza, hasta quedar vacía. Faltaban todavía^ muchos años, para que el gobernador don Rafael Moya hiciera sembrar los grandes higuerones que hacia el lado este de la plaza sirvieron para aplacar la fuerza de los soles veraneros y de refugio encubridor a los jóvenes amantes de la ciudad.

La salida de la misa primera del domingo, marcaba el inicio de las ventas ubicadas en la plaza. Con frecuencia solían dispararse algunos cohetes y quemarse más pólvora en la misma plaza, ya para destacar la festividad de algún santo de la devoción del vecindario, como que sería poco después de la Independencia, que se empezaron a formalizar algunos barrios con nombres como el de Santo Domingo, San Pablo, San Rafael, Mercedes, San Joaquín, San Antonio, etc, de cuyas celebraciones era partícipe directa la ciudad de Heredia.

Los caminos que vinculaban la ciudad con sus barrios, se tornaban activos los días domingo, cuando las gentes venían a cumplir con el precepto de oír misa, puesto que en tales barrios sólo ocasionalmente se hacían tales servicios espirituales, al menos antes de conseguir la erección en parroquias. Las calles de la ciudad empezaron a empedrarse y si bien es cierto que durante muchos años sólo hubo una calle empedrada, la que salía de la esquina norte de la plaza hacia Barba, muy pronto aparecerían otras, ya rodeando la plaza, luego extendiéndose por sus calles aledañas.

La Heredia de los primeros años de don Manuel María era una apacible y quieta aldea ubicada alrededor de una iglesia monumental para su época, que mostraba muy a las claras ese fervor cristiano de sus moradores. Ser sacerdote entonces, era coronar con un grado muy alto los esfuerzos intelectuales de sus más relevantes miembros. Pronto, esos mismos sacerdotes serán los que de un modo muy activo se nos mostrarán como los impulsores del cultivo del café y en consecuencia, serán ellos los primeros empresarios en esta nueva actividad. Más tarde veremos surgir nuevas gentes, muchas de ellas de origen social bajo, que a la sombra del café elevarán su status social, para convertirse en prestigiosos comerciantes, el progresista cafetalero, muy ligados en consecuencia al mundo de la banca y la política.

Este despertar a la postre había de ser secularizador en muchos campos, tanto en las costumbres, como en la mentalidad de las gentes, que empezaban a liberarse de la herencia colonial, tan dada a la hegemonía de la iglesia en todas las formas de la vida en sociedad.

Y como hombre de una época de transición, don Manuel María puede ser tomado como un caso representativo de este proceso de cambio que venimos comentando, dado que en sus inicios la actividad musical estaba intensamente ligada a la iglesia y su culto, aun cuando paulatinamente evolucionaría, alejándose del templo y aproximándose hacia el terreno militar, que es donde don Manuel María hallaría todas las oportunidades para hacer su carrera y surgir.

NOTAS

1. Véase al final, en el anexo No. 1, un apunte genealógico sobre la sucesión de don Cayetano Gutiérrez, abuelo de nuestro biografiado.
2. Archivo Nacional. Guatemala 647. Año de 1793.
3. John Hale. 1929:22. En: Fernández Guardia, Ricardo. 1929.
4. Dato tomado de los libros parroquiales de Heredia correspondientes al año de 1829.
5. Así nos lo afirmó el año de 1945 don Octavio Morales.
6. Véase: Dobles Segreda, Luis. 1945: 220-222.
7. Hay algunos datos biográficos y se incluye su retrato, en Dobles Segreda, Luis. 1920: 169-173.
8. Puede verse su biografía en: González Flores, Luis Felipe. 1930: 37-39.
9. González Flores, Luis Felipe. 1921: 25.

CAPITULO III

CARRERA MILITAR INICIAL, E HIMNO NACIONAL

Como lo hemos indicado en el primer capítulo, los inicios de la música militar en Costa Rica, tienen su precedente más claro durante el efímero gobierno del General Francisco Morazán.

En el caso de don Manuel María Gutiérrez, sus primeros vínculos con la milicia, arranca precisamente de este corto período que se inicia en abril de 1842 con la caída del Lic. Braulio Carrillo, como directa consecuencia de la traición del General Vicente Villaseñor a su régimen, en el llamado pacto de El Jocote, lugar ubicado en las vecindades de Alajuela, el día 11 de abril de 1842.

Cerca de un mes más tarde, y a la corta edad de doce años cumplidos, el niño Gutiérrez entra, el día 13 de mayo, al servicio en el Cuartel Principal de San José, en calidad de flautín. Esta experiencia habría de ser para él, de gran importancia, en particular por haber tenido que vivir en su propio ser, los difíciles momentos que se derivaron de la rebelión popular de setiembre siguiente, contra Morazán.

En su hoja de servicios (1) hace recuerdos de estos sucesos de setiembre, al decir que a partir del día once, se vio en la obligación de luchar contra los josefinos que rodeaban dicho cuartel,

"pero en mi deber, porque era subalterno de un gobierno legítimo".

Agrega además que

"me obligaron a pelear once veces en tres días contra los míos".

Don Ricardo Fernández Guardia, que muy joven conoció a don Manuel María, escuchó de él algunas anécdotas relativas a esos días aciagos. Una de ellas nos la narra en su libro acerca de Morazán en Costa Rica, y tiene relación directa con el General Cabañas:

"...el teniente Coronel don Florentino Alfaro (llegó a San José) el 12 de setiembre, con 450 hombres, la mayor parte de Alajuela, bien armados y pertrechados, circunstancia que obligó a los morazanistas a abandonar la manzana de Los Almacenes (hoy Banco Central), y concentrarse en la del Cuartel Principal (hoy Teatro Melico Salazar), del que salían guerrillas, casi siempre al mando del bizarro general don Trinidad Cabañas, para repeler a los insurrectos cuando éstos estrechaban demasiado el cerco. La lucha duró sesenta y ocho horas y fue muy sangrienta.

Al regreso de una de esas salidas, un comerciante inglés que tenía su tienda en la plaza de Armas, hoy parque Central (esquina de la calle Central y la avenida 4a.), le brindó a Cabañas un vaso de coñac. El general ordenó a su guerrilla que siguiese hacia el cuartel y con toda calma dispuso saborear el licor; pero al llevarlo a sus labios una bala hizo trizas el vaso. "Estos diablos —exclamó Cabañas riendo— ni siquiera me dejan hoy tomar un trago". Y sin apresurar el paso, no obstante que los rebeldes volvían de prisa, continuó por la plaza hacia el Principal. Al acercarse a la puerta, otra bala le arrebató la presilla del hombro derecho, y Morazán, que observó el suceso desde la galería de la fachada sur del cuartel, le gritó en tono festivo: "General, le han hecho a usted subteniente de un pitazo1. ". Esta y otras anécdotas me las refirió, siendo yo un muchacho, el coronel don Manuel María Gutiérrez, autor de nuestro himno nacional, quien en 1842 servía en el Cuartel Principal en calidad de pífano" (2).

Viendo el joven Gutiérrez el curso que tomaban los acontecimientos, resolvió, pocas horas antes de que el General Morazán decidiera abandonar el cuartel para trasladarse hasta Cartago, desamparar el lugar. Aprovechándose de su pequeña estatura pues todavía no se había desarrollado, aprovechó una apertura debajo de una de las puertas exteriores del Cuartel, para escurrirse y de allí correr a integrarse a las huestes que luchaban contra Morazán. Gracias a este recurso, se vio libre del peligro en que involuntariamente se hallaba envuelto (3).

Pasado el momento de crisis, el joven músico prosiguió en el servicio militar, y a los pocos días: habiendo mostrado sus aptitudes para la música, se le escogió dentro de otros muchos, para que en condición de Tambor mayor, pasase a dirigir la banda militar de la ciudad de Heredia. En efecto, el 20 de setiembre de dicho año 42, asumió sus nuevas funciones en su ciudad natal.

Es probable que la crisis de la pubertad le hubiese tornado rebelde y de carácter un tanto violento, en los primeros meses del siguiente año de 1843.

Era comandante de la ciudad don José María Zamora, quien habiendo notado algún desarreglo en la banda, había hecho llamar la atención para que corrigiera tales males. Parece que don Chepe Zamora le llamó a su despacho, en momentos en que algunas otras personas acompañaban al Comandante. Y delante de ellas el joven Gutiérrez juró no volver a ejecutar el instrumento que se le tenía encargado, al no aceptar las observaciones de su superior.

Venían los días de la Semana Santa, hecho de gran relevancia en la comunidad cristiana. El Domingo de Ramos, día 16 de abril, hallándose en misa de tropa en el templo parroquial, y después de haber sido transferido a casi todos los instrumentos en que estaba ejercitado, se negó de un modo rotundo a ejecutar el suyo. Fueron los asistentes a esa misa, los que de un modo más notorio pudieron darse cuenta de la deficiencia en que incurría la banda en sus ejecuciones, debido particularmente a la actitud desplegada en aquellos instantes por el joven Manuel María.

Una vez efectuada la misa, la banda debía salir a tocar en la procesión tradicional de la entrada de Jesús a la ciudad, montado en un borrico. Pero con la mayor exaltación y descaro, faltó al acatamiento de dicha orden, alegando razones para no obedecerla. El comandante Zamora vióse obligado a corregirle, razón por la que le impuso un arresto de ocho días en la celda del Cuartel de Heredia, situado frente a la Plaza mayor, y que había sido edificado por su abuelo don Cayetano.

Las cosas no terminaron aquí. En la noche del mismo día 16 de abril, y delante de unos veinticinco oficiales y soldados, a más de otros concurrentes en el local, se presentó el joven Gutiérrez ante don Chepe Zamora, haciendo ostentación de su despecho, y al él mismo le manifestó —haciendo con ello una clara manifestación de su soberbia juvenil— que sus faltas debían ser juzgadas por un Consejo de Guerra. Y para completar su explosión juvenil, al ser amenazado por uno de los superiores allí presentes, de que había que romperle la cabeza por tanta indisciplina que mostraba, juró formalmente ante todos —seguramente haciendo inclusive la señal de la cruz—, de que habría de matar al que tal cosa hiciere.

Exasperado el Comandante de Heredia ante tal actitud de rebeldía, redactó una carta dirigida al Comandante general del Estado, en la que daba todos los detalles de lo sucedido, con el objeto de que el mismo resolviese lo que debía hacerse con el rebelde.

La circunstancia de haber guardado el propio don Manuel María entre sus papeles, dicho documento, es indicativo de que la misiva no fue remitida nunca a su destinatario. Cabe pensar que con una más serena reflexión en esos días santos de prisión por castigo, le hubiesen hecho meditar su actitud, y en consecuencia, pedido el perdón a los afectados, todo se cerrase en el olvido. Pero

don Manuel María no quiso destruir nunca este documento, posiblemente por la lección que de tales acontecimientos sacó, pues de allí en adelante varió totalmente su conducta, ya madura ante la experiencia vivida en esos días santos (4).

Sus servicios en la banda de Heredia, pasada la crisis que acabamos de narrar, siguieron siendo eficientes, razón por la cual, al dar inicio el maestro don José Martínez el primer día del año de 1846 en su cargo de Director general de Bandas, principia un acercamiento hacia tan notable músico, del que tenía mucho que aprender. En pocos meses, el maestro Martínez le considera digno del mejor de los reconocimientos, de modo que el 10 de setiembre de dicho año, se le asciende al rango de Sargento primero de la banda del Regimiento de Heredia y Tambor mayor veterano. El título otorgado aparece firmado por el Jefe de Estado don José María Alfaro y como Ministro de Hacienda y de Guerra, por don José María García. El título de Tambor mayor equivalía a Director de la Banda, no ya como simple encargado, sino como en propiedad, casi al cumplir sus diez y siete años, hecho que cabe hacer destacar, por lo que significa un reconocimiento tan alto a un joven que apenas empezaba a vivir (5).

Tras el gobierno de Alfaro, vino como su sucesor el Doctor don José María Castro Madrí, quien entre otros problemas de gobierno hubo de encarar las sublevaciones de Alajuela. Estos acontecimientos revolucionarios tuvieron efecto, tanto a finales de 1847 como en el curso de 1848. Como una de las providencias necesarias para erradicar el peligro de sublevación, el Presidente Castro ordenó que todo depósito de armas u otros elementos bélicos, fuesen trasladados a la capital. Ante tal medida, los vecinos más relevantes de Alajuela elevaron una exposición en la que manifestaban su más plena sumisión al Ejecutivo. Y como don José María Alfaro que fungía entonces como Vicepresidente, era vecino de Alajuela y resintió la actitud presidencial y optó por renunciar al cargo, integrándose a los enemigos del régimen. La calma no vino, sino que más bien estalló la rebelión en Alajuela, lo que llevó a la movilización de las tropas en San José, a principios de octubre de dicho año 47. Hubo cruce de fuegos entre los facciosos de Alajuela y las tropas del gobierno en Río Segundo, y como consecuencia de ello los facciosos optaron por huir. El día 6 el propio Doctor Castro entró en Alajuela, no sin que antes se cruzasen los fuegos y hubiese algunas víctimas. Poco más tarde se ordenó la disolución de las fuerzas alajuelenses, quedando todos sus habitantes sujetos al fuero común. En el proceso instruido, se llegó a determinar que el autor principal del trastorno fue don José María Alfaro y su hermano don Florentino, quienes junto con otros más fueron confinados al pueblo de Térraba, al primero por seis años, a los otros por uno.

Pero los acontecimientos de Alajuela no terminaron de este modo. A principios del nuevo año, una nueva rebelión estalló en Alajuela, encabezada por don Juan Alfaro Ruíz, don Benito Rojas y don Pedro Saborío. Hubo nuevos enfrentamientos y en esta oportunidad las tropas del regimiento de Heredia se encontraron en el Río Segundo con los rebeldes, mientras que las Josefinas se desplazaban desde la capital. Paulatinamente las gentes de Alajuela fueron cediendo puntos claves desde el Río Segundo, al Molino, Ciruelas y el Arroyo y de seguido, casa por casa en la ciudad. Finalmente a las 4 y 30 de la tarde del día 29 de marzo la ciudad de Alajuela quedó en manos de las tropas del gobierno, no sin que hubiese muchas bajas, incluso algunas relevantes, como la del Coronel Simón Orozco del ejército nacional (6).

Nos hemos permitido entrar en algunos detalles sobre estos acontecimientos, debido a que en todas las acciones militares principales, figuró de un modo activo, y estuvo expuesto al riesgo de su propia vida, nuestro personaje. Así lo hace constar en su hoja de servicios, para agregarnos que a raíz de estos acontecimientos, le hicieron subteniente el día 6 de abril, a la vez que se le trasladó a la ciudad de San José.

Después de estos acontecimientos, y vuelta la paz dentro del país, la labor principal de don Manuel María fue al lado del maestro Martínez, con quien llegó a tener una profunda amistad, dado el aprecio en que nuestro joven músico tenía en su maestro. A tal grado llegaron estas relaciones, que hallándose enfermo tan distinguido músico, se permitió antes de morir, recomendar al músico herediano como la persona más indicada para que le sucediera en el cargo de Director General de Bandas. El maestro José Martínez falleció en San José principios del año de 1852 y conforme a su recomendación, el propio don José Joaquín Mora Porras, hermano del Presidente don Juanito Mora, le nombró en efecto como Director general de Bandas, el día 22 de marzo, a pocos días del fallecimiento de su apreciado maestro. No había cumplido aun don Manuel María los veintitrés años, cuando ya ocupaba el cargo más elevado de la carrera de músico en Costa Rica, todo un reconocimiento que el país le tributaba, por sus extraordinarios dotes como músico.

Es bien sabido que fue el Doctor don José María Castro quien el 31 de agosto de 1848 decretó la fundación de la República. Pocos días más tarde, por Ley No. CXLVII de 29 de setiembre de 1848 se adoptó el símbolo de esa nueva nación, la bandera tricolor que todavía hoy simboliza a nuestra patria. Este pabellón nacional se enarboló por primera vez en forma pública el día 12 de noviembre de 1848 en la Plaza Mayor de San José, hoy Parque Central.

No se pensó en aquellos días, en la necesidad de dotar a la patria de su Himno Nacional, de modo que varios años pasaron sin que se hiciera sentir esta necesidad. No fue sino hasta el año de 1852 cuando las circunstancias especiales de nuestras relaciones internacionales, forzaron al planteamiento concreto de esta demanda.

Los hechos ocurrieron del siguiente modo. En esta época se pensaba como una posibilidad, la de construir un canal interoceánico al través de Nicaragua. Dos países poderosos, la Gran Bretaña y los Estados Unidos tenían en esta empresa serios intereses, pero temían entrar en choques entre sí, a más de que, los territorios de Mosquitia, Nicaragua y Costa Rica no tenían bien definidos sus linderos.

La solución a tales problemas estaba primeramente en un acuerdo entre las dos potencias y las mutuas gestiones que se hicieran para conciliar las cuestiones fronterizas pendientes al través de la posible vía interoceánica.

De este modo los representantes de Gran Bretaña y los Estados Unidos se reunieron el 30 de abril de 1852 en Washington, donde redactaron las llamadas proposiciones Webster-Crampton, que deben su nombre a sus signatarios.

Estas proposiciones atañían de un modo muy directo, aparte de la Gran Bretaña con su territorio de Mosquitia, a Nicaragua y Costa Rica. Buscaban sobre todo eliminar posibles roces entre estos territorios, definiendo en primer término los límites entre los estados, que en el caso de Nicaragua y Costa Rica iban desde la boca del río Colorado en el Caribe, por la margen derecha río arriba por el curso del San Juan y luego por la margen meridional del lago, hasta el río de la Flor, que era el viejo límite entre Nicoya y Nicaragua. Se daban otras especificaciones que no se hace necesario citar aquí, a excepción de que, en el artículo sétimo se especifica que con el propósito de asegurar la pronta resolución por los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua, Mr. Charles L. Wyke, Cónsul General de Su Majestad Británica, investido de poderes plenipotenciarios, y Mr. John Bozman Kerr, Encargado de Negocios ante el Gobierno de Nicaragua y Mr. Robert M. Walsh, nombrado Agente especial por parte de los Estados Unidos ante el gobierno de Costa Rica, quedaban autorizados por ambos gobierno para comunicar tales arreglos a los gobiernos respectivos de Nicaragua y Costa Rica.

A Costa Rica vinieron Wyke y Walsh. El día 25 de mayo se hallaban en el puerto de Greytown, preparando su viaje a Costa Rica por la vía del río San Juan y del Sarapiquí. Seis días más tarde iniciaron su jornada, fatigosa pero grata por las bellezas naturales que era dable ver en el camino. Finalmente el día 8 de junio hicieron su entrada a la ciudad de San José, tras vencer múltiples dificultades por lo fatigoso del camino, las recias lluvias que tuvieron que soportar, y otros problemas menores. Walsh en su carta informe a Washington, indica que desde el principio fueron muy bien atendidos, pues una comitiva viajó varias millas antes de llegar a San José, donde un ayuda de campo del Presidente don Juan Rafael Mora presentó sus saluciones y beneplácito por la presencia de tan ilustres huéspedes en el país., en una carta firmada por el propio Presidente. A la llegada a San José, se les tenía preparada una de las mejores casas de la capital, que pertenecía a una de las principales y más poderosas familias Josefinas.

Fue preciso que los ilustres visitantes descansaran un poco de sus fatigas, antes de que el Presidente de la República les recibiese. En nota del día viernes 11 de junio a su gobierno, manifiesta Walsh haber tenido una conferencia con el Presidente Mora y su Ministro de Relaciones Exteriores don Joaquín Bernardo Calvo. El hecho debió haber tenido verificativo en la mañana de ese viernes, a juzgar por lo que la Gaceta Oficial del día siguiente hizo publicar:

"el miércoles (9 de junio, agregamos) llegaron a esta ciudad los señores Ch. L. Wyke y R.M. Walsh, ministros especiales de la Gran Bretaña y los Estados Unidos cerca del Gobierno de la República y el viernes (11 de junio) fueron recibidos por Su Excelencia el Presidente en su carácter oficial. Sabemos que pronto darán principio las conferencias sobre la misión que los ha traído: pues tienen muy poco tiempo señalado para permanecer entre nosotros".

El día 16 de junio el Ministro de Relaciones Exteriores hizo saber a los diplomáticos, que el Presidente había dado su beneplácito al proyecto de tratado de que fueron portadores. Pero agregaba además que quedaba pendiente la aprobación por parte de la Cámara Legislativa. No demoró mucho su tramitación en la Asamblea, pues el 23 siguiente fue ratificado por la misma, y así fue oficialmente comunicado a los interesados al siguiente día, por don Joaquín Bernardo Calvo, los que enviaron una expresiva carta de agradecimiento. Allí indicaban además que tenían preparada para el día 26 su salida hacia el Puerto de Puntarenas, donde se proponían embarcar con rumbo al puerto de San Juan del Sur en Nicaragua. Allí habrían de hallar mayores dificultades en la ratificación de las proposiciones, por razón de que dicho convenio afectaba tanto sus pretensiones nicaragüenses sobre Guanacaste, como respecto a las tierras de la Mosquitia. Todo ello haría que la Asamblea Legislativa de Nicaragua negara la sanción a dicho convenio y terminara incluso por enviar a don José de Marcoleta ante el gobierno de los Estados Unidos, para desde allí plantear con claridad los derechos de Nicaragua. Walsh y Wyke permanecían todavía en Nicaragua a finales de julio. El enviado especial de los Estados Unidos se trasladó casi de seguido a Greytown, para de allí embarcar a Nueva York, donde llegó el 14 de agosto enfermo de fiebres palúdicas adquiridas tras viajar fatigosamente y sin comodidad por dicho país de Nicaragua.

En resumen, las proposiciones Webster-Crampton, no fueron más que un intento fallido de arreglo de los viejos problemas limítrofes entre Nicaragua, la Mosquitia y Costa Rica, propuesto por Gran Bretaña y los Estados Unidos (7).

Nos hemos extendido en todos estos acontecimientos, para que se comprendan mejor las circunstancias en que se escribió la música del Himno Nacional, pues de todos es bien sabido que fue escrita con ocasión del arribo de dichos emisarios, para ser estrenada la obra musical en el momento de la presentación oficial de credenciales en la Casa de Gobierno, que era entonces el antiguo edificio de la Factoría de Tabacos, en la actual manzana que ocupa el Banco Central de Costa Rica.

Las versiones que conocemos acerca del modo como se produjo la composición del Himno Nacional, varían en algunos de sus detalles, pero en el fondo coinciden en sus rasgos más generales.

La que nos parece más aceptable, es la que indica que un distinguido extranjero, que parece haber sido Gabriel Lafond de Lucry, quien se hallaba empeñado en la apertura de un camino interoceánico al través de Costa Rica, fue quien planteó la interrogante básica a las autoridades nacionales.

"Un notable extranjero residente en el país preguntó entonces el Comandante General don José Joaquín Mora, por nuestro himno nacional.

¿Qué himno podía haber en esa época en Costa Rica!

Herido el General Mora en su orgullo de patriota exclamó: " ¡No es posible que Costa Rica no tenga su canto de gloria. Ahí está Gutiérrez, y él lo hará! ". Hizo llamar inmediatamente al Director de bandas y le ordenó que compusiera el himno de la patria. Gutiérrez se excusó naturalmente, manifestando que carecía de aptitudes para una obra de tal género e importancia; pero el General Mora por delicadeza ya estaba dispuesto a recibir a los Comisionados con el himno nacional, y ordenó de nuevo a Gutiérrez que cumpliera su orden o que guardase treinta días de arresto.

En tan apurada y difícil situación, Gutiérrez no hallaba qué hacer; pero al fin se resolvió acatar el mandato de su superior, obedeciendo el consejo de aquel mismo extranjero que le dijo: "Compra una botella de coñac; retírate de noche a tu pieza; enciértrate allí solo, y haz lo que puedas". Así lo hizo.

Y a la una de la mañana del siguiente día el himno de la patria estaba hecho; y así como cuenta Lamartine que de entre las últimas gotas de una botella de vino del Rhin, que apuró de Lisie, salió el himno de Francia, de las últimas gotas de una botella de licor de Coñac brotó el himno de Costa Rica" (8).

El acto de recepción a los señores comisionados de Gran Bretaña y los Estados Unidos, tuvo efecto en la mañana del viernes 11 de junio de 1852 en la Casa de Gobierno, cuyo frente daba a la actual Avenida Central, en la manzana del actual Banco Central. El lugar donde don Manuel María Gutiérrez debió haber compuesto nuestro Himno Nacional, fue en el Cuartel Principal, cuyo sitio ocupa en la actualidad el Teatro Melico Salazar. Tales fueron los puntos fundamentales en la geografía urbana Josefina, donde tuvieron verificativo los dos hechos fundamentales de esta historia musical: donde se lo concibió y donde se lo estrenó.

Por el silencio que guardó la prensa, cabe pensar formalmente que las gentes no llegaron a evaluar de un modo adecuado, el acontecimiento, de manera que hasta el mismo don Manuel María en su hoja de servicios escribe que el Himno Nacional lo compuso en 1853 y no en 1852 como era lo correcto.

Para una mejor comprensión del significado de esta música patria, debemos transcribir aquí la descripción formal de la misma, tal como la hizo en 1951 don José Dávila Solera. He aquí su relato.

"Un día, durante mi estada en casa, don Manuel María Gutiérrez me contó que cuando recibió del Gobierno el encargo de componer el Himno Nacional, no sabía él "Qué era eso", a qué género de composición musical pertenecía la obra que se le pedía. Consultó indudablemente al respecto a M. Lafond de Lurcy, militar francés de alta graduación residente a la sazón en San José, con quien el Maestro Gutiérrez tenía relaciones debido a su empleo de Director de la Banda de San José.

El resultado de la consulta es la descripción musical de la escena en que al salir del cuartel el Pabellón Nacional es saludado por el ejército con las armas presentadas. El cuarto de tiempo del undécimo compás con el calderón inicial del duodécimo, representan la inclinación de la bandera para recibir la bendición del Capellán de la tropa. Los compases finales de la frase siguiente, reafirman la presentación respetuosa y entusiasta de las armas.

Las frases del período siguiente marcado pianísimo dulce, es la plegaria silenciosa o secreta del recuerdo de la familia que se abandona con la ofrenda, de la sangre en el altar de la patria; y el final reproduce la decisión de los primeros compases del himno. No hay ninguno parecido a éste, compuesto en esa época; nada tiene de "La Marsellesa" ni del himno inglés y alemán que eran entonces el mismo "God save the King". Los otros himnos nacionales centroamericanos son de fechas ulteriores" (9).

Nos sentimos además en la obligación de hacer referencia a un hecho importante que se vincula a la historia de nuestro himno nacional. Se trata de una información que alcanzó incluso la primera página del periódico La Nación el mes de febrero de 1957, donde se señala la gran similitud entre la música de nuestro himno, con la pieza musical nombrada "Der Morgen" del músico A.L. Boh. Algún tiempo más tarde el profesor don Francisco González Castro, en un erudito estudio, de carácter periodístico como el anterior, llegó a probar fehacientemente que dicho músico actuaba en el género de "Salón Musik" por los años de 1880 a 1890. Nos agrega además que su música era conocida en las vísperas de la primera guerra europea y que el impresor original y dueño de los derechos de este artista en 1918, era Julius Bauer, un húngaro que nació en 1853. Aduce como bastante probable que este autor ocultase tras el seudónimo de A.L. Boh su verdadera identidad, pues nadie en Alemania sabe dar razón de este último personaje, tan vinculado con Bauer. En resumen, que en caso de haber existido el plagio, habría que decir que el autor de "Der Morgen" tomó como inspiración la música del maestro Gutiérrez y no al revés. Cabe recordar al respecto, que la primera edición impresa del Himno Nacional se hizo en Francia el año de 1864, de modo que nada de extraño sería que el referido músico hubiese tenido la posibilidad de conocer un ejemplar de ella, sobre todo si se recuerda que el Album de música en que la encontró el maestro don Julio Mata en Costa Rica, había sido impreso en 1916 o poco después, a juzgar por los derechos de autor que se anotan al pie de las piezas contenidas en él (10).

Debemos concluir en reconocer como obra de indudable inspiración del maestro don Manuel María Gutiérrez, la música de nuestro Himno Nacional, construida dentro de un esquema descriptivo, cuyos lineamientos básicos inspiradores fueron sugeridos por Mr. Gabriel Lafond de Lurcy, a quien está dedicado nuestro Himno Nacional. Pero de ello haremos mención más adelante.

NOTAS

1. Su hoja de servicios se incluye en el anexo No. 2.
2. Fernández Guardia, Ricardo. 1943:107-108. En 1946 al hablar sobre este tema con don Ricardo Fernández Guardia, nos manifestó no recordar otras anécdotas más sobre estos hechos, que le refiriera don Manuel María Gutiérrez en su juventud.
3. Esta anécdota nos la relató en 1945 don Víctor Gutiérrez, pero aparece referida de un modo bien distinto en: Elizondo, Víctor Manuel. 1952:2.
4. Este documento, junto con buena parte de los papeles del archivo personal de don Manuel María Gutiérrez, obran en nuestro poder. Con el título de "Un joven insurrecto en 1843", publicamos en el periódico herediano "La Campaña de Cubujuquí", Año VI, No. 65 (Noviembre de 1951):2, un breve artículo acerca de este suceso, fundamentado en la referida carta.
5. Los diplomas de su carrera militar, fueron donados por don Víctor Gutiérrez, por allí de 1958, al Museo Nacional de Costa Rica, donde se custodian. Agregó además en la donación, unos pocos papeles del archivo personal.
6. Más detalles en Montero Barrantes, Francisco. 1892,1:309-330.
7. Basamos todo este relato sobre la misión Walsh-Wyke, en la documentación que se incluye en la obra de Manning, William R. 1934:279-310.
8. Pacheco, Otoniel. 1893: 44-45. Damos autoridad a este relato, por ser la versión más antigua por nosotros conocida, acerca de cómo se compuso la música del Himno Nacional.
9. González Flores, Luis Felipe. 1952:12
10. González Castro, Francisco. 1959:13.

CAPITULO IV

CAMPAÑA NACIONAL, MATRIMONIO, VIAJE A LA HABANA

Una auténtica vocación musical unida a un permanente servicio en las milicias nacionales, es la trayectoria general en la vida de don Manuel María Gutiérrez a partir del año de 1842, hasta el final de su vida.

En las milicias debió haber aprendido la disciplina, tan fundamental en todo ser humano. Pero en la música halló no sólo su vocación sino la oportunidad de crear.

El día 27 de junio de 1853, el Presidente don Juan Rafael Mora le concedió el grado de Teniente de las Milicias Nacionales, "atendiendo a los importantes servicios que ha prestado a la Patria". El diploma correspondiente está firmado tanto por el Presidente Mora como por su Ministro en el Despacho de Guerra, don Manuel José Carazo. Esa misma fecha se le recargó la Dirección de la Banda militar de San José, dentro de sus funciones como Director General de Bandas.

Como es bien sabido, el Presidente Mora se preocupó de un modo bastante notorio, por dotar a la ciudad de San José, de edificios adecuados a su rango de capital. El estado ruinoso de la Casa de Gobierno, antigua Factoría de Tabacos, obligó a su demolición, habiendo diseñado el Director general de Obras Públicas, don Francisco Kurtze, un moderno edificio que sería inaugurado el día 24 de junio de 1855, día del santo patrono del Presidente Mora, con el nombre de Palacio Nacional.

Nada más indicado que el Director general de Bandas regalara al Presidente con un bello vals, que alcanzó entonces gran popularidad, y que llevaba por título "El Palacio". La influencia del romanticismo, que como una gran ola había irrumpido en Europa, había llegado a hacerse sentir sutilmente en nuestro modesto medio musical, y el maestro Gutiérrez con esta obra, daba expresión en esta pieza a una forma descriptiva, casi pictórica, que lógicamente cautivaría a la sociedad capitalina de entonces. Fue una verdadera consagración del maestro Gutiérrez, en un campo en el que hasta el momento, por lo que sabemos, no había antes incursionado. Algo más, fue el triunfo de lo que podríamos llamar la música nacional sobre la internacional, sin que ello quiera significar que no tuviese su influencia. Un pequeño empeño que señalaba un camino prometedor, fue esta obra de Gutiérrez, y la gente lo reconoció así con grande entusiasmo y calor.

Nosotros no hemos podido escuchar nunca ese vals; por razones que más adelante explicaremos, su música ha desaparecido y casi como restos de un rescate, nos empeñamos en recoger hace años, de quienes la conocían, algo de esa reminiscencia. Sin embargo, el material que se nos suministró parece ser fragmentario e insuficiente. Es una lástima, dado que este vals, compuesto un año antes de la guerra contra Walker, podría muy bien servirnos para penetrar más profundamente en el espíritu de la época, en el sentimiento, ingenuidad y pasión que configuraban nuestro ambiente social de entonces.

Hay un notorio cambio de panorama en el horizonte nacional al finalizar el año de 1855, por la amenaza que se cernía sobre Costa Rica con la presencia en Nicaragua de los aventureros yankis frente a los cuales se hallaba William Walker.

Don Manuel María, como veterano militar desde tiempos de Morazán, no podía en modo alguno estar ausente. Tiene veintiséis años cumplidos, está consciente de lo que significa para su patria cuanto sucede en Nicaragua, y como buen soldado, marcha hacia Moravia a cumplir con su deber.

En los primeros días de marzo acude a la movilización general promovida por el Presidente Mora, y de Liberia marcha en las avanzadas que marchan en pos del filibustero.

El escenario de la primera batalla va a ser en Santa Rosa, donde en la tarde del 20 de marzo las tropas costarricenses atacan valientemente las posiciones del enemigo, en los corrales y casa de la hacienda del mismo nombre. En quince minutos Schlessinger y toda la hueste filibustera huye en derrota, para gloria y entusiasmo de nuestros bisoños soldados, que de este modo veían protegida por Dios esta tierra nuestra.

A raíz de estos sucesos, don Manuel María compuso la marcha Santa Rosa. Se ha tejido una especie de leyenda en torno a las circunstancias mismas de su composición.

El primer biógrafo de don Manuel María, don Otoniel Pecheco, indica que esta composición musical fue transcrita al papel en la hacienda El Pelón, donde en efecto pernoctaron nuestras tropas la víspera de la batalla.

"Sobre una piedra y a la sombra de un árbol, Gutiérrez se entretenía, escribiendo esa pieza, cuando de repente oyó pasos de caballería, subió al árbol de prisa, se escondió entre sus ramas y de allí vio pasar varios jinetes yankees. Bajó en seguida y concluyó su marcha " (1).

Poco después el ejército costarricense oyó lleno de entusiasmo, en el cuartel de Sapoá, esa marcha de triunfo, que más tarde debía pregonar a las futuras generaciones uno de los hechos más heroicos de nuestra historia, luciéndose tan querida a nuestros viejos soldados como la Marsellesa a los franceses" (1).

Siempre nos ha parecido que en este relato hay demasiados elementos irreales, lo que nos impide aceptar su veracidad, pese a lo simpático y singular del episodio. Por el conocimiento que tenemos de los partes y acontecimientos acerca de esta batalla, no dudamos en rechazar el episodio tal como nos lo cuenta Pacheco. Creemos que si bien la inspiración musical pudo muy bien acudir al músico en el Guanacaste, su composición debió ocurrir sin tal trasfondo singular. Una cosa que sí no queremos silenciar, es la observación que más de una vez escuchamos de boca del historiador don Luis Cartín González, gran amante y conocedor de la música, quien nos contaba que desde siempre los músicos nacionales habían hallado una extraordinaria similitud entre esta composición y la famosa Marcha de Cádiz, compuesta el año de 1820 en España, cuando tan distinguido militar Rafael de Riego, marchó desde Cádiz hacia Madrid, para forzar al Rey Fernando VII a restablecer la vigencia de la constitución doceañera. Queda esta observación para los conocedores, que serán los que en última instancia digan la palabra final. No sería éste el primero ni el último caso en que consciente o inconscientemente un músico tome elementos fundamentales de otra melodía, para recrearlos y darles el sentido que su propia inspiración quiera asignarles.

Tras la jornada de Santa Rosa, las tropas costarricenses prosiguieron su jornada hacia Nicaragua, llegando a posesionarse el día 8 de Abril de la ciudad de Rivas, que había sido desamparada por Walker.

El Teniente Gutiérrez figuraba entre las milicias nacionales que constituían tal avanzada militar. Es por esta misma razón que nuestro personaje habría de tener una figuración relevante en los acontecimientos que tendrían verificativo en esa misma población, el día 11 de abril, célebre en nuestra historia patria.

Los sucesos del célebre 11 de abril, son suficientemente conocidos por todos, como para proceder ahora a hacer aquí una narración sobre los mismos. Hallándose la ciudad en manos de los

costarricenses, sorpresivamente los filibusteros se adentraron riesgosamente buscando apoderarse de los puntos claves de la ciudad, incluso el Estado Mayor, donde el Presidente Mora junto con el alto mando se hallaban acantonados. Tras la sorpresa inicial, paulatinamente el proceso de la batalla fue focalizándose alrededor de la plaza principal y sobre la calle que del noroeste de la misma continuaba hacia el oeste. Fue allí donde el enemigo consiguió apoderarse de un pequeño cañón y al menos en dicha calle y sobre las siguientes dos cuadras, fue que tuvo efecto la parte más crucial y sangrienta del enfrentamiento. En la manzana inmediata al oeste de la Plaza se hallaba el mesón propiedad de don Francisco Guerra, desde donde los filibusteros atacaban peligrosamente al ejército de Costa Rica; por ello en la tarde de ese día se dio la orden de proceder a su desalojo, aconsejándose incluso el procedimiento del incendio, que tras varios intentos, conseguiría con el sacrificio de su vida el héroe nacional Juan Santamaría.

Dándose cuenta el Estado Mayor costarricense, de que sólo con todos los recursos humanos disponibles era posible el desalojo del enemigo en la plaza y cuadras aledañas, dispuso que un militar de confianza pasase al puerto de La Virgen, para conseguir la venida del refuerzo necesario, comandado por el Teniente Coronel don Juan Alfaro Ruíz. La misión era de mucho riesgo, por el hecho de que el enemigo, deseoso de afirmar su victoria, tenía bloqueadas varias de las principales vías de escape de los costarricenses. El Teniente Gutiérrez consiguió un caballo para realizar su misión, y sin montarlo lo sujetó de las riendas y doblando su cuerpo para que el cuerpo del animal le protegiese de las balas del enemigo, atravesó la parte de mayor riesgo, y una vez seguro, montó sobre la bestia para correr a prisa al lugar de destino.

La oportuna llegada a Rivas de las tropas comandadas por Alfaro Ruíz, a eso de las cuatro de la tarde, contribuyó de un modo evidente a definir el resultado de la batalla en favor de los costarricenses, de modo que el esfuerzo y riesgos corridos por este militar, tenían plena justificación.

Por esta causa no dudamos en reconocer en don Manuel María, a uno de los héroes indiscutidos de esta famosa batalla del 11 de abril de 1856. Y no es que nosotros ahora lo declaremos así para exaltar más su figura. El propio Presidente Mora lo reconoció de igual manera poco más tarde, cuando se le condecoró con una medalla de oro en que se lee con claridad "La Patria agradecida premia el valor". Don Manuel María lució siempre con orgullo esa presea y le vemos con ella en una de sus últimas fotografías. Hace años nosotros tuvimos oportunidad de tenerla en nuestras manos, para llevarla a un taller fotográfico, pues la conservaba con cariño filial su hijo don Víctor. Muerto éste, no sabemos la suerte corrida por la condecoración y ello nos duele, dado el valor y los méritos de la persona condecorada con ella.

No sabemos otros detalles sobre la suerte posterior de este Teniente, cuando pocos días después de la batalla de Rivas, apareció allí un enemigo más temible que el filibustero, el cólera morbus, que tantas vidas iba a segar.

Don Manuel María estaba por entonces de novio de quien pronto habría de ser su esposa, doña Regina Umaña Orozco, miembro de una familia distinguida de la ciudad de Heredia, en donde había nacido. Aun cuando la peste estaba causando los mayores estragos, pudo verla y saludarla, cuando se hallaba en compañía de Julia Morales, sobrina suya e hija de don Braulio. Esta última murió en breve lapso del mismo flagelo, y don Manuel María pensó entonces que quizás él mismo pudo haber sido el portador del germen que segó una vida para él muy querida, la hija de su hermana.

Terminada la peste y vuelta Costa Rica a la normalidad, el autor de la música del Himno Nacional contrajo matrimonio el día 24 de octubre del célebre año de 1856. Por cierto que esta decisión le costó al contrayente la alta suma de quinientos pesos, dado que la novia, que era maestra en el Liceo

de Niñas de Heredia, tenía contraída con el Gobierno una obligación de servicio, por haber sido becada.

Es oportuno el recordar que a instancias del Dr. José María Castro Madriz se había promovido la fundación en San José del primer Liceo de Niñas, establecimiento que estuvo en manos de doña Agueda Peralta de Ribero. Doña Regina fue la primera maestra herediana graduada en tal establecimiento y por esta misma causa, en virtud de los resultados excelentes en el establecimiento, fue seleccionada para que se hiciese cargo de la dirección del Liceo de Niñas que se estableció en Heredia en 1853.

Hay en el periódico "Eco de Irazú" de 1855, una crónica relativa a los exámenes públicos efectuados el mes de diciembre anterior, el que a juicio del cronista

"fue un testimonio público del buen estado del establecimiento y de sus notables progresos".

Dejaremos de lado los términos laudatorios de quien escribe la crónica, y los detalles personales sobre las examinadas, que parece lucieron todas sus dotes intelectuales y manuales que cabía esperar en un establecimiento de esa naturaleza.

"Terminado el acto, el Gobernador y Juez de Primera Instancia como individuos de la Junta de Instrucción de esta Provincia (de Heredia), pronunció cada uno un panegírico análogo a las circunstancias y en que se felicitó a la Directora Señorita Doña Regina Umaña por el estado floreciente en que se encontraba el Liceo, debido a sus talentos y asiduo trabajo" (2).

Después de las calificaciones se otorgaron los premios correspondientes a la escala de aprovechamiento que mostraron las estudiantes, y

"el eco de una música preparada de antemano, resonó por toda la casa, cuyo concierto agradable contribuyó a hacer más grata la reunión".

Tras esta frase, adivinamos la presencia de don Manuel María, quien lógicamente terminaría admirando las dotes intelectuales de la directora, que más tarde había de ser su esposa.

El resultado tan halagüeño de este examen público, entusiasmó de tal modo a los padres de familia, que allí mismo improvisaron un baile.

"En el baile reinó el mejor humor: varios vivas se oyeron a favor de la Señorita Directora que debe estar muy satisfecha de sus fatigas y desvelos con las simpatías que justamente se ha granjeado de toda la parte pensadora del pueblo..." (3).

Don Manuel María debió en consecuencia hallar en tan distinguida dama, todos los atributos ideales para convertirla en esposa y por esta misma causa no dudó en indemnizar al Estado por los dos años de servicio docente que todavía debía servir doña Regina en el Liceo de Niñas de Heredia. No era entonces bien visto que una joven señora siguiese fuera de la casa una vez que hubiese contraído matrimonio. Se suponía que su marido debería atender todas sus necesidades y que la mujer tenía su mejor destino en el hogar, sobre todo una vez que hubiesen tenido hijos.

De este hogar, el hijo primogénito llamóse Belisario, quien nació en 1857 ; más tarde vinieron Elisa y Adelina, quienes murieron en la década de 1940-50; siguieron después Víctor, que fue el último en morir en 1960 o poco después, Anita y finalmente Carlos, quien fue becado por el gobierno para ir a estudiar música al Conservatorio de Bruselas; cambió luego por la milicia, pero tampoco dio los

resultados que se esperaban de él, por lo que volvió al país sin haber completado estudios. Murieron infantes el niño Manuelito y la niña Julia (4).

Mientras tanto don Manuel María seguía en su línea de ascensos militares. Donjuán Rafael Mora, Capitán General y Presidente de la República,

"atendiendo a los méritos del Señor D. Manuel María Gutiérrez y a los servicios que ha prestado a la República en la guerra contra los filibusteros, ha venido en concederle el grado de Capitán del Ejército de esta República".

El diploma correspondiente está fechado en San José a primero de junio de 1858 y por su Ministro de Estado en el Despacho de Hacienda y Guerra, General don José María Cañas.

Por este tiempo, debió don Manuel María sentir algunas preocupaciones en torno a su formación profesional, que le llevaron a una importante decisión, que dice mucho de su propósito de superación personal. En efecto, sabedor de que en Cuba existía un ambiente adecuado para la educación musical, decidió tomar la resolución de hacer un viaje a dicha isla, con el objeto de estudiar con algún maestro de mérito, los aspectos de teoría y composición musical.

Consiguió con el Gobierno de la República un adelanto de su salario que le sería deducido luego proporcionalmente y el día 4 de junio de 1858 se le extendió el pasaporte correspondiente para viajar a La Habana.

Ya en la capital de Cuba, buscó acercarse al compositor cubano más famoso de su tiempo: Nicolás Ruíz Espadero (1832-1890). Espadero era un hombre sumamente introvertido, huraño más bien, y había asimilado la tradición del romanticismo europeo, de un modo que sin haber viajado al Viejo Mundo, se hallaba muy al tanto de las tendencias europeas, hecho en verdad inconveniente para un músico americano (5). Espadero contaba entonces con 26 años de edad, y Gutiérrez con 29, de modo que es probable que esta circunstancia le permitiese una fácil comunicación. Conforme a la tradición familiar, el distinguido músico cubano le entregó algunas piezas musicales para que las orquestara, y una vez revisadas por Espadero, éste le manifestó que tenía poco o nada que enseñarle, de modo que su permanencia en la perla antillana se prolongó únicamente por dos semanas, tiempo en verdad demasiado corto, que se explica por las razones que se han dado. No nos encontramos en capacidad de dar veracidad a esta tradición familiar. Tendemos más a pensar que el temperamento de Espadero le llevó a librarse de este posible discípulo, alentándolo de la manera dicha. Además debió haber habido algo de nostalgia por la familia y la patria, que activaron también este proceso de retorno.

Y no es tampoco que dudemos de las dotes particulares que como músico tenía adquiridas de modo sólido don Manuel María. Para ello podemos traer a colación aquí algunos ejemplos concretos que son suficientemente ilustrativos.

Por caso, en 1851 con la anuencia del Comandante de Plaza de San José, don Manuel María celebró un contrato con su amigo José María Gutiérrez, en virtud del cual el músico Gutiérrez se compromete formar una orquesta, con los músicos de cuerda necesarios, trayéndola de la ciudad de Heredia, para amenizar con ellos todos los actos de las funciones militares del mes de diciembre, en particular de los días 30 y 31, que consistían primero en un paseo a las cinco de la tarde el primer día, más tarde en un juego de pólvora y finalmente otro paseo después de los juegos. Para el día siguiente atenderían una especie de recreo o concierto a las diez de la mañana, nombrado en el contrato como canción militar; más tarde tomarían parte en el tope de toros, en la corrida inmediata siguiente y por la noche en el baile. El valor total de este servicio ascendía a ciento dos pesos en

moneda corriente. En estas actividades participarían los músicos de la banda que fueran necesarios para complemento de la orquesta, autorizados por el Comandante (6).

En otra oportunidad, a finales de diciembre de 1857, con ocasión de celebrarse en el llano de la Mata Redonda una función para los empleados civiles y militares que culminó con un banquete, hizo venir la música desde Heredia y Guadalupe, con todos los violines de la provincia. Comenzó a tocar esta orquesta el día 28 en el paseo de la tarde, y luego en los juegos de pólvora que se organizaron y en los siguientes días en el paseo de los toros. Por la tarde hubo ejecuciones musicales frente al Cuartel Principal, hasta la salida del paseo, dado que luego dio inicio la función de los militares,(7).

Estos hechos nos ponen ante un hombre ampliamente experimentado en cuestiones tanto de música marcial como popular, en el manejo de gran número de gentes conocedoras de esta actividad y cu fin, en un individuo facultado plenamente en este tipo de actividad.

Retornando a su viaje a La Habana, habremos de decir que don Manuel María arribó de regreso por la vía de Puntarenas, a donde llegó el 22 de lilio del mismo año 58 en el vapor Columbus, proveniente de Panamá. Por muchos días habría don Manuel María de acordarse de este viaje a Cuba, sobre todo cuando estuvo mensualmente recibiendo su salario disminuido, hasta cancelar el monto de la deuda contraída para el mismo.

El 14 de agosto de 1859, un golpe incruento depuso a don Juan Rafael Mora como Presidente, asumiendo el poder el Doctor don José María Montealegre, hecho que generó toda una gama de incidencias que no vamos aquí a pormenorizar. Don Manuel María debió haber dado el respaldo a este hecho, puesto que diez días más tarde, es decir el 24 de agosto, el Presidente Montealegre, reconociendo de nuevo sus servicios en la guerra contra los filibusteros, le otorgó el grado de Teniente Coronel, diploma que aparece firmado por el Jefe de Estado y su Ministro de Guerra don Vicente Aguilar.

En el siguiente año, despliega una inusitada actividad en su condición de Director General de Bandas, pues asume la pesada tarea de organizar las bandas militares de Alajuela y Heredia conforme al modelo de la de San José, y más tarde hará lo mismo con las de Liberia, Puntarenas y San Ramón. Todo esto es claramente indicativo de que tras un lento y continuado proceso de desarrollo, ya en Costa Rica las bandas militares habían arraigado y desempeñaban en las principales cabeceras de provincia y en San Ramón, una función no sólo militar sino de educación popular al través de sus frecuentes conciertos públicos.

Según Meagher, quien se halló en San José poco tiempo antes de la caída del Presidente Mora, era costumbre un concierto de la banda militar, todos los domingos, frente a la casa de habitación del Presidente.

"Esta casa, situada en la Calle del Presidente, a corta distancia de la Plaza, es un modelo de modestia republicana. La estrecha calle (hoy Avenida Segunda) obscurecida por los grupos de los oyentes: débiles rayos de las linternas de los atriles infiltrándose en las tinieblas; grupos de señoritas que cuchicheaban en las puertas y de cuyos labios se escapaba como en sueños el humo tenue de sus cigarritos; un centinela flaco recostado al marco de la puerta de la casa del presidente, el No. 12, frotándose el uno contra el otro los pies descalzos; el zaguán encalado que estaba detrás de él, con una vela amarilla metida en un farol de vidrio que colgaba del cielo raso; un oficial con pantalones blancos y gorra galoneada de oro, cuyos tacones armados de espuelas subían las gradas de la puerta y que luego volvió a salir a la calle convencido de que no había novedad; tales fueron los

incidentes que noté el primer domingo en la noche que estuve azotando la Calle del Presidente del brazo de don Ramón (Páez) y oyendo la banda. "(8).

La banda que se alude era la de San José y por supuesto su director lo era el maestro Gutiérrez.

NOTAS

1. Pacheco, Otoniel. 1893: 45.
2. Eco de Irazú, No. 7 (Enero 13 de 1855):203
3. Ibídem.
4. Datos proporcionados en 1945 por don Víctor Gutiérrez Umaña.
5. Así lo hace destacar muy bien Charpentier, Alejo. 1946:153-163.
6. Papeles de don Manuel María Gutiérrez. Texto copiado en 1945 que no figura entre los papeles de su archivo, que paran en nuestras manos.
7. Ibídem.
8. Meagher, Thomas Francis. En Fernández Guardia, Ricardo. 1929:347-348.

CAPITULO V

VIAJE A FRANCIA, LABOR MUSICAL, LA ERA DE GUARDIA

La culminación del mayor afán culto en el siglo XIX era poder ir a Europa. A don Manuel María la oportunidad primera de viajar hasta el Viejo Mundo, se le presentó el año de 1864 y habría de ser una experiencia en más de un sentido grata, por lo que podremos ver de seguido.

En marzo de dicho año el gobierno le comisionó para que adquiriera en Francia el instrumental para las bandas nacionales de que se estaba tan necesitado en el país. Embarcó en el puerto de Puntarenas con destino a Panamá, conforme a un breve apunte que tenemos a la vista de este itinerario. Cruzó el istmo para embarcarse en Colón en un navío, donde compró tiquete de segunda clase por un costo de 44 libras esterlinas, o sea de 220 pesos. La nave pasó a Jamaica, donde permaneció día y medio; luego pasó a Saint Thomas donde permaneció tres días, como que por entonces esta isla danesa tenía muy activo movimiento y en Saint Antón estuvo un día, antes de adentrarse en el Atlántico. El navío llegó finalmente a Londres, donde habría de alojarse en el Hotel Cabrera durante siete días, antes de pasar a París. Carecemos eso sí? de información más precisa acerca de las fechas de todos estos movimientos, que probablemente comprendieron alrededor de tres meses hasta su retorno a Costa Rica. Por abril y mayo debió permanecer en París, alojándose durante 53 días en el Hotel de Madrid.

De esta primera permanencia en París, sabemos que frecuentó muchos lugares de interés, en compañía del Cónsul de Costa Rica en la capital francesa, señor Gabriel Lafond de Lurcy, con quien había amistado en Costa Rica años antes. En sus asuntos de instrumentos de la banda, tuvo oportunidad de tratar varias veces con el señor Adolphe Sax (1814-1894), un belga naturalizado francés, que se hizo famoso y rico con su invención por 1840 del conocido saxofón. Este instrumento es hoy fundamental en la música del jazz y del swing.

Las múltiples atenciones de Lafond, a más del papel que esta misma persona había tenido en los orígenes del Himno Nacional, contribuyeron a que en testimonio sincero de agradecimiento, don Manuel María dedicara dicha pieza a tan fino amigo. La misma se editó en París en la calle de Richelieu número 112 (Maison Frascati) por Ch. Gambogi et Cié, en una edición que es hoy bastante rara, dado que don Manuel María trajo solamente cincuenta ejemplares de dicha edición litográfica.

Lafond, bien conectado en París, era a la vez buen amigo de Patricio de Mac-Mahon, duque de Magenta y Mariscal de Francia (1808-1893), veterano de la guerra de Crimea, y que estaba llamado a tener mucho más relevante figuración más tarde, en Italia y en la guerra francoprusiana de 1870, hasta culminar su carrera pública como Presidente de Francia de 1873 a 1879. Don Manuel María tuvo varias oportunidades de alternar con él, con la mediación del Cónsul de Costa Rica, hecho que no olvidaría fácilmente don Manuel María años más tarde, cuando supo de sus ascensos y prestigio.

Antes de partir, Lafond ofreció a don Manuel María un banquete en el que asistieron numerosas personalidades. Pero sin lugar a dudas su experiencia más inolvidable fue cuando con Lafond y Mac-Mahon pasaron al puerto de Ruán en Normandía, en compañía de don Manuel María quien estaba listo para abandonar Francia con destino a Londres, donde embarcaría hacia Costa Rica. Allí Mac-Mahon le tenía preparada una sorpresa: una banda francesa con cerca de trescientos músicos, entonó los acordes del Himno Nacional de Costa Rica por vez primera en el Viejo Mundo. Un estremecimiento de gozo y satisfacción debió correr por el cuerpo del maestro Gutiérrez, ante este acto singular y sorpresivo que jamás olvidaría (1).

En Londres estuvo don Manuel María dos días antes de partir con rumbo a Liverpool, donde esperaría otros dos días antes de embarcarse como pasajero de segunda clase en el navio que le haría pasar por La Guaira en Venezuela, por Puerto Cabello, Santa Marta y Cartagena de Indias, antes de arribar al puerto de Colón, que era su destino. En Colón permaneció dos días y en Panamá cinco, antes de embarcarse hacia Puntarenas y volver donde los suyos.

En París se retrató don Manuel María, y es ésta la fotografía suya más antigua que conocemos-, contaba entonces con treinta y dos años y su fisonomía luce muy de época, con su cabello corto, bigote grueso de mediana dimensión y una muy breve barba, ligeramente esbozada sobre su rostro sereno de tipo romántico. Un saco oscuro de solapas muy cortas y altas, que apenas dejan asomar una ligera parte del chaleco y la corbata de rayas sin anudar, es lo que se distingue, aparte de la camisa blanca de cuello corto. La juventud todavía asoma en su rostro sereno pero cargado de energía y personalidad.

La misión fundamental, la compra del instrumental para la banda, representa a la vez el inicio de una muy evidente fase de afrancesamiento de nuestra música militar, tanto en su instrumentalización como en sus bases musicales.

Las circunstancias propias del desenvolvimiento económico de Costa Rica en la segunda mitad del siglo XIX, determinó lógicamente que el proceso de apertura hacia el mundo exterior, se manifestase en el campo musical, con un conocimiento cada vez mayor, en los sectores cultos, de la música europea, que es la que parece haber sido más fuertemente aceptada. Entre los papeles de don Manuel María correspondientes al año de 1862, encontramos una lista de algunas de esas piezas entonces de moda en Costa Rica, cuya nómina no podemos dejar de mencionar: La Paloma, Filemón y Baucis, Mignon, obertura de La Africana, Robinson Crusoe, El Médico por Fuerza, Genoveva de Bravante (vals), Clicquot (polka), Schucidon (polka), Ojo reventado (cuadrilla), Barba Azul (mazurca), Castillo Toto (cuadrilla), Bella Helena (cuadrilla), Flor de Té (cuadrilla) y Susanita (cuadrilla).

Por entonces empieza don Manuel María a hacer cada vez más participaciones como director de orquesta, en las Compañías de Opera que empiezan a venir al país. El aprendizaje lo había iniciado de un modo efectivo con su viaje a La Habana en 1858, no sólo por cuanto el examen que en cierto sentido realizó ante su maestro Espadero había consistido en arreglos para orquesta de una obertura, tres valsos y dos mazurcas. En su hoja de servicios, escribe el propio don Manuel María:

"El resultado de este viaje fue bueno para mi y para la nación, pues pude aprender algo de la organización de la grande orquesta y a pesar de las dificultades del país para organizar esta nueva empresa, con mi constancia y la ayuda de algunos compañeros y discípulos, logramos formarla y acompañar a cinco compañías líricas y tres de zarzuela que han ingresado al país" (2).

Esta tácita confesión del maestro Gutiérrez, nos pone de manifiesto que al romper las limitaciones impuestas por el medio, la cultura costarricense pudo en adelante permitirle, llamémoslo el lujo de presentar en San José de Costa Rica, compañías extranjeras de ópera, dado que no siempre las mismas traían su propia orquesta. En 1862 debutó con la ópera "El Barbero de Sevilla" de Rossini, la compañía del señor Lorini, que tuvo su primera función de gala en honor al Presidente de la República, Doctor José María Montealegre.

Algún tiempo más tarde vino otra compañía, la de Boneratini y Sorini, de inferior calidad con respecto a la anterior, que presentó por vez primera en el país la ópera de Donizetti titulada "Lucía de Lamermour", con resultados nada favorables.

Tal vez el género operístico era un bocado demasiado difícil de digerir para una sociedad nada experimentada en este género de música. Pese a ello, nuevas óperas se vieron desfilar por el Teatro Municipal, que así se llamó después de la caída del Presidente Mora al teatro que originalmente se denominó con el apellido de este presidente.

En 1864 el empresario Manuel Lorenzo presentó "Ernani" de Verdi; en 1867 de nuevo la compañía de Baratini y Passini debutan con "La Traviata" de Verdi, pero la respuesta del público sigue siendo apática debido a las limitaciones ya mencionadas.

Suerte marcadamente distinta corren quienes traen acá el género de la zarzuela, más al alcance de las gentes por su carácter ligero y de más sencilla trama musical. En 1868 llega la Compañía Lírico-Dramática de don Saturnino Bien, quien con sorprendente éxito presentó las obras "Catalina de Rusia" y "Los Maggiarés". Para 1872 se halla acá la compañía de Villalonga, con su género de zarzuelas que mucho gustaron; en 1875 la Compañía de Zarzuelas del Río presenta la obra "Las Dos Coronas", divertida obra cargada de diálogos hablados hilarantes, de género muy lírico y ligero, ganaron al público asistente muy fácilmente (3).

En casi todas estas presentaciones, podemos hallar la presencia en el marco de la musicalización, del maestro Gutiérrez, razón por la cual él mismo no dudó en escribir:

"El poco mérito que yo tenga, lo han conocido los extranjeros inteligentes que me han felicitado, y la prensa de mi país".

En efecto, en muchas de las crónicas sobre estas presentaciones de zarzuela y ópera, es frecuente hallar el justo elogio al maestro Gutiérrez, que supo estar a la altura de los requerimientos orquestales para tan calificadas presentaciones en el Teatro Municipal de San José, que habría de ser destruido por el terremoto de 1888, para cerrar tras de sí todo un brillante ciclo de la educación musical del costarricense.

La brillante carrera como músico del maestro Gutiérrez, no quiere en modo alguno significar que su vida personal hubiese estado exenta de limitaciones económicas. Todo lo contrario. Entre sus papeles hemos encontrado numerosos pagarés, eso sí cancelados, que muestran a las claras este problema económico. Sobre todo en la década de los ochentas el problema parece haber sido acuciante, por razones que daremos en su oportunidad.

Quizás uno de los problemas puede haber sido la bohemia, hacia la que la profesión de músico suele estar más próxima. En efecto, el problema del alcohol bien pudo haber influido alguna vez en él, como en otros músicos, tal el caso del célebre autor del Duelo de la Patria, don Rafael Chaves Torres, que tuvo numerosos problemas derivados del abuso en los etílicos. Por lo demás, este problema social, parece haber estado muy marcado en Costa Rica es esta época, a juzgar por otros numerosos hechos y casos que podríamos citar dentro de nuestro ámbito nacional.

Aun cuando primos en segundo grado, don Manuel María y don Tomás Guardia, por el hecho de separarlos escasos tres años, siempre fueron muy próximos en sentimiento y afecto. El mismo Guardia alguna vez, en un apuro económico, no dudó en acudir a solicitar de su pariente la fianza correspondiente a un pagaré. El año de 1867 por caso, envió a don Manuel María esta sencilla nota que nosotros indiscretamente reproducimos de seguido:

"Estimado pariente. Me tomo la confianza de endosarte ese pagaré para que tengas la bondad de descontármelo de cualquier modo pues necesito ese dinero con suma urgencia y yo no paso a esa por una pequeña indisposición.

Mis recuerdos a toda tu estimable familia y dispón de tu afectísimo primo.

T. Guardia" (4).

Nos permitimos en poner en evidencia estas íntimas vinculaciones entre don Manuel María y don Tomás Guardia, por razón de que el 27 de abril de 1870 don Tomás dio un golpe de cuartel contra el gobierno de don Jesús Jiménez, que tras evolucionar el proceso ciento un días, llevaría a don Tomás a la Presidencia de la República, y a tornarse en el hombre fuerte del país hasta 1882, año de su muerte.

Nada de extraño habría sido, que don Manuel María hubiese estado desde muy temprana hora, enterado por su primo del complot que habría de tener su escenario más espectacular en la toma del Cuartel de Artillería, localizado entonces en la esquina sureste del actual Mercado Central de San José. El afecto existente explicaría de un modo comprensible esta situación. Tenemos en nuestro poder un documento cuya primera fecha es abril 29 de 1870 en que se cita a don Manuel María haciendo entrega a Fadrique Gutiérrez, quien resultó herido seriamente en una pierna en la toma del cuartel dos días antes. Allí se indica que Gutiérrez hace entrega de sesenta pesos a Fadrique, "como encargado por la Comandancia General". Estas entregas se repiten hasta en mes de junio siguiente. El testimonio nos resulta ilustrativo acerca de las conexiones con los complotistas y el hecho vino a ser de gran importancia en su vida, dado que no siempre es dable tener un pariente por doce años, en la cúspide del poder.

En todo caso sus relaciones con Guardia fueron muy profundas desde mucho antes y no fue el caso de un arribismo oportunista, sino de una muy estrecha y familiar vinculación, expuesta a menudo a situaciones difíciles, como lo que podremos ver más adelante.

Para mantenerse en el poder, Guardia tuvo que desarrollar una actitud defensiva, pues ciertamente que él había sido contratado para dar el golpe de estado pero no para que se quedara en el poder. De esta manera, quienes se vieron despojados de un momento a otro de lo que creían estaba en sus manos, se tornaron pronto en sus enemigos más irreconciliables. Ya en la segunda mitad de 1870 don Buenaventura Carazo, que hasta hacía poco había sido Ministro de Guerra, abandonó el país en franco exilio y en mayo de 1871, de nuevo el General Guardia proclama haber descubierto una nueva conspiración, con implicaciones en diferentes partes del país. Algunos heredianos como don Joaquín Gutiérrez, Matías Sáenz, Policarpo Trejos, entre muchos otros, fueron expulsados bajo la sospecha de estar en el bando opositor. Don Policarpo Trejos era primo de Guardia; la situación adquiría por esta misma razón, mayor seriedad. Esto explica el contenido de una carta fechada en Heredia el 14 de Octubre de 1870, dirigida a don Manuel María por su primo hermano don José Gregorio Trejos Gutiérrez:

"Querido primo:

La conducta que yo y toda mi familia hemos observado con respecto a la actual administración, debiera ser la éjida que nos resguardara de las acechanzas de nuestros enemigos; pero desgraciadamente no es así, y a cada momento tenemos que deplorar nuevos males, que Dios es testigo no hemos provocado y que son sólo el fruto de las calumnias con que saben regalarnos nuestros malquerientes.

Tu sabes como yo la fábula del conato de asesinato atribuido a mi sobrino Matías (Trejos), sabes también como yo quienes fueron los autores de esta calumnia, y a pesar de esto, no obstante que todos menos el Gobierno sabía que el calumniado era calumniado, éste fue conducido al destierro en momento en que toda su familia lloraba la muerte de su común padre.

Tú conoces a mi hermano Policarpo, sabes que su educación y la obediencia que me presta son la mayor garantía de que su conducta es la mía, y que mientras otros se ocupan de los negocios públicos, él y yo vivimos entregados a un asiduo trabajo en mi beneficio de café, y con todo eso no le ha salvado su inocencia, come el amargo pan del destierro, y no puede venir a mezclar sus lágrimas con las nuestras para llorar la muerte de nuestro hermano Heleodoro.

Tantas desgracias, tantos sacrificios no han saciado aun a nuestros calumniadores, y una nueva y falsísima imputación, semejante a la que causó la desgracia de mi sobrino, ha reducido anoche a un oscuro calabozo a mi primo Diego (Trejos), que en estos momentos sale escoltado para esa capital.

Entretanto de toda la familia soy yo quien más sufro moral y físicamente, y este nuevo golpe, va derecho al corazón y a mi fortuna... (aquí alude a sus compromisos económicos y los de los desterrados)...

Ajeno como estoy yo y mi familia a toda idea política, deseara alcanzar esa quietud que tanto apetezco; mas vivo persuadido que no lo conseguiré mientras puedan ser vivos mis enemigos, y no me queda otro recurso que ofrecer al Gobierno la garantía que se me exija de que nuestra conducta es y será del todo inofensiva. Como entiendo que tu eres uno de los pocos de la familia que no han perdido la gracia ante el Gobierno, te he elegido para que en nuestro nombre te ofrezca la garantía que quiera de que nuestra conducta es del todo inofensiva, sin que pueda encontrar: estímulo bastante que nos obligue a romper con los lazos de la sangre que tanto respetamos.

Espero tus buenos oficios que no omitirás medio para devolvernos la calma a nuestros corazones, y anticipándome a agradecerle este singular favor me suscribo su afectísimo primo,

J. Gregorio Trejos" (5).

La carta es suficientemente ilustrativa sobre estos diversos aspectos que se ligán al poder en primera instancia, y por otro lado a los vínculos de parentesco que se diluyen ante las cuestiones de la política. A la vez, en la parte que hemos subrayado de la carta, queda claro que en todas estas cuestiones que se ligán al General Guardia, la relación con don Manuel María fue siempre de plena identificación, pese a lo polémico que fue este gobierno en más de un sentido.

Por esto mismo, en una carta o más bien breve nota, escrita por el hijo de don Manuel María, Belisario, y dirigida a su padre, le expresa ante una situación que no conocemos:

"Papa:

No se excuse absolutamente pues es una prueba grande de confianza que Ud. no ha de desmentir. Acepte todo, en no siendo contra Don Tomás, que es a quien debemos pertenecer. Es la manera de pensar de su hijo. Belisario" (6).

Resulta casi obvio manifestar, que la situación de don Manuel María en su carácter de Director General de Bandas, se consolida durante la era de Guardia, no porque él lo buscara, sino por razones propias de las circunstancias propicias, en particular las de índole familiar.

El 15 de julio de 1872, el Primer Designado en ejercicio del Poder Ejecutivo al través del Ministro de Relaciones Exteriores don Lorenzo Montúfar, comunicó a don Manuel María que debía trasladarse de inmediato a la isla de Jamaica, hasta donde llegaba por entonces la línea del cable transatlántico, para poner un importante mensaje al Ministro don Manuel Alvarado residente en Londres. La cuestión era vital para el proyecto del ferrocarril al Atlántico, pues se trataba de la autorización para la contratación del segundo de los préstamos, que a la postre serían onerosos para el país. De inmediato trasladóse don Manuel María a Puntarenas, con destino a Panamá, desde donde al través del istmo se dirigiría a la indicada isla. Visto el hecho desde hoy, nos resulta sorprendente este caso de un costoso viaje para poner un telegrama, pero así eran las comunicaciones de entonces, sobre todo cuando, como en este ejemplo, era preciso ir a esperar la respuesta por la misma vía. Era a la vez una muestra de la confianza en él depositada por el Ejecutivo, sin lugar a dudas con el respaldo de su primo Tomás Guardia.

Don Manuel María no parece que hubiese, como muchos otros, sentido celos de los músicos que en otras partes del país iban promoviendo el desarrollo musical. Esto parece evidente de la comunicación enviada desde Cartago por la Sociedad Filarmónica de la ciudad, con fecha 24 de julio de 1873.

Por su contenido y alcances, la carta bien merece ser transcrita:

"Pocas veces se encuentran hombres que viéndose en presencia de instituciones que tienen por objeto fomentar su arte o profesión, se llenen de verdadero entusiasmo, poseyendo ese sentimiento sublime de humanidad, y alejando de su alma todo fondo mezquino de egoísmo o envidia, que las más de las veces alcanza a empañar hasta aquellos corazones que más se precian de nobles y generosos.

Nos referimos, Señor, a la laudable conducta que Ud. ha observado al escuchar la súplica de un comisionado por nuestra Sociedad, para que se dirigiera a Ud. pidiendo algunos instrumentos de música, que para dar principio a nuestros trabajos se necesitaban indispensablemente.

A esta demanda Ud. contestó abriendo ancho campo a nuestra solicitud, y poniendo a disposición de la Sociedad no sólo los instrumentos, sino también las partes de su repertorio que necesitamos y aun más, sus servicios personales.

Tan benévola y generosa acción merece, sin duda alguna, las más delicadas muestras de agradecimiento; pero como ahora no podríamos hacerlo sino con nuestra pluma, que por su debilidad no puede llenar nuestro propósito, nos reservamos para más tarde el placer de manifestarle de una manera clara la gratitud que hacia Ud. abriga nuestro corazón.

Mientras tanto, sírvase aceptar los más sinceros votos de amistad y reconocimiento de sus atentos y seguros servidores

*Buenaventura de J. Espinach
Carlos H. Sancho
Rafael Oreamuno*

*El Secretario
Francisco Picado
F. Guevara
Juan Rojas
Rosendo Freer
Rafael E. Alvarado M. D.
Luis E. Bonilla*

Por José Delfín Barquero, Manuel G. Brenes."

Este documento dice mucho sobre las preocupaciones de los cartagineses por promover el desenvolvimiento del divino arte en su ciudad, y de la estatura moral de sus integrantes, capaces de evaluar en la debida forma el noble gesto del maestro Gutiérrez, en carta tan expresiva de sus más auténticos sentimientos.

Entre algunas breves notas recibidas de don Tomás Guardia por don Manuel María, hay una en la que el Presidente, el 27 de marzo de 1875, le expresa:

"He sentido profundamente el incidente que te obliga a permanecer en cama, y como debes suponer, desearía serte útil en algo, para lo cual espero te acuerdes de tu afectísimo amigo y pariente".

Cuando en 1945 conocimos este documento, preguntamos a don Víctor Gutiérrez cuál podía ser la razón de que don Manuel María se viese obligado esta vez a guardar cama, y él nos manifestó que había sido un accidente. Cabalgando fuera de la capital, cayó de su caballo y en dicho accidente su revólver se disparó, provocándole una mala herida en una pierna, que le tuvo postrado muchos días.

Entre sus papeles, no faltan algunos relativos a las bandas militares. Está por hacerse la historia de estas milicias musicales y el papel por ellas desempeñado en el progreso musical del país. Pero es evidente que fuera de toda duda hay siempre un nombre propio que encarna todo este proceso evolutivo durante el siglo XIX, y es el del maestro Gutiérrez.

Aparecen entre estos papeles personales, algunas cosas curiosas, que nos hacen hoy lamentar la pérdida de alguna música muy ligada a nuestro personaje. Así hallamos una misiva de don Manuel L. Brenes, fechada en Cartago en mayo de 1876, en la que se le dice:

"Deseamos tener en la Filarmonía el himno nacional de Costa Rica, pero con las reformas con que se tocó en la zarzuela "La Guarda del Campamento". Como Ud. es la única persona que puede tenerlo en la forma indicada, es que le suplico tenga la bondad de facilitármelo, con la promesa de devolvérselo y de vivir siempre agradecido por este servicio".

Esta petición nos traslada a tres años atrás, cuando la obra escrita por el colombiano José Manuel Lleras, fue presentada en setiembre de 1873, en momentos conflictivos para el país, por las tensas relaciones existentes con Centro América, que llevaron a constituir la cuádruple alianza contra el gobierno de Guardia. Lleras adaptó a la música del maestro Gutiérrez, una letra bélica y además encomiástica hacia el Presidente Guardia, cosa que a mucha gente no le hizo ni pizca de gracia. Ignoramos si en la adaptación musical de esta zarzuela, tuvo algo que ver el propio don Manuel María, por cuanto desconocemos todos los entretelones de esta presentación. El hecho de que se le pida esta adaptación, nos lleva a pensar en esta posibilidad.

Entre los problemas más serios que solían presentarse a los músicos que habían hecho sus estudios de aprendizaje a costa de la nación, se hallaba el hecho de que esto venía a significar un permanente compromiso de seguir sirviendo en las milicias, prácticamente de un modo permanente. Esta situación provocó algunos enojos y situaciones difíciles. A finales de abril de 1875, supo el Presidente de una trama en su contra que se fraguaba, para apoderarse del cuartel de Alajuela, y a la hora de las investigaciones se supo que en la misma se hallaban comprometidos incluso algunos individuos de la banda de la ciudad. Del proceso salieron algunos implicados, que resultaron lógicamente despedidos. Esta misma circunstancia habría de provocar días más tarde una nueva reglamentación al respecto, que no obligaba a los aprendices becados, más que a seis años de servicio en las bandas militares, relevándolos en consecuencia de ese carácter permanente anterior.

La única obligación establecida, fue la de que el músico de banda debía anunciarlo con un año de anterioridad este retiro, ante la Dirección General de Bandas, a fin de proveer con la debida anticipación, la sustitución del dimitente. Además se les relevaba de la obligación de tener que dormir siempre en el Cuartel y para los músicos que tras los seis años obligatorios aceptaban un nuevo contrato, éste se haría por el término de cuatro años, supliendo el Gobierno a cada músico de su instrumento y uniforme. Fueron estas en definitiva, resoluciones bastante favorables con respecto a la condición anterior en que los músicos estaban ante el Gobierno de la República.

La institucionalidad de las bandas tenía ya un sólido arraigo y el proceso de consolidación era algo ya establecido en este cuerpo de música de la nación, gracias por un lado a la fuerza que las mismas habían adquirido en el país, e indudablemente además a los estrechos vínculos de amistad y parentesco entre el gobernante y el Director General de Bandas de la República.

NOTAS

1. Pacheco, Otoniel, 1893:46
2. La hoja de servicios se incluye en el anexo No. 2.
3. Borges, Fernando. 1942. Varias páginas.
4. Archivo de D. Manuel María Gutiérrez. Copias hechas en 1945.
5. Idem.
6. Idem.

CAPITULO VI

ULTIMOS AÑOS DE VIDA

La evolución de la cultura musical en Costa Rica está en directa relación con el proceso de desarrollo de la música marcial. Ello condujo de un modo paulatino a la formación de agrupaciones particulares constituidas con el objetivo de propiciar aún más el culto por la buena música.

En 1873, en julio, fue fundada en Cartago por un grupo de vecinos cuyos nombres ya hemos dado, la llamada Sociedad Filarmónica, la cual, por el apoyo brindado por el maestro Gutiérrez, le declaró miembro honorario más tarde. Algo similar ocurre en San José, donde la agrupación llevará el nombre de Lira Josefina y esta agrupación, como la anterior, declarará en 1878 a nuestro personaje, como Miembro Honorario.

Por entonces también en Heredia se había desarrollado una gran afición por la bella música, a tal grado que el maestro don Gordiano Morales llegó en 1874 a constituir la sociedad de Santa Cecilia, con ese solo objeto del cultivo musical.

"La Sociedad de Santa Cecilia, logró atraer a su alrededor lo más selecto de la sociedad de Heredia. La Presidencia de su directiva se rotaba entre los hombres dirigentes de la localidad por su prestigio social, como Braulio Morales, Joaquín Lizano, Manuel María Dávila, Juan J. Flores y otros más. Esta sociedad tuvo gran influencia en el descubrimiento y desarrollo de las capacidades musicales de las generaciones de entonces y sucesivas. El piano, el arpa, el violín, la viola, fueron los instrumentos clásicos de aquellos tiempos. Fue entonces cuando en todos los hogares, aun de los modestamente acomodados se disponía de un piano. A los profesores Gordiano Morales, Ventura Dávila, Pilar Jiménez, Pedro Visoni, Vicente Lachner, les faltaba tiempo para satisfacer la demanda de lecciones. Cítase entre las casas donde había excelentes pianos, procedentes de las fábricas más acreditadas, la de Pascual Solórzano, Pedro Dobles, Pedro Zamora, Juan Marta Solera, Manuel Zamora, Paulino Ortiz, Braulio Morales, Joaquín Lizano, Clemente Cordero, Pedro Ulloa Solares, Manuel Chaverri, Mariano Chaverri, Juan de Dios Pacheco, Cipriano Sáenz, José Ana Pacheco, sin contar los pianos de los propios maestros mencionados.

El temperamento de la mujer tan sensible a las actividades artísticas, muy pronto se hizo notar. Surgen entonces como pianistas y cantatrices, las señoritas Mariana Morales, Rosalina Morales, Luisa Lizano, Josefa, Amelia y Matilde Zamora, Clotilde Pacheco, Anita González, Rosario, Matilde y María Cordero, Francisca Porras, Natalia, Dolores, Elena y Genarina Ulloa...

Más tarde sorprendían a la ciudad los conciertos que se improvisaban en las casas cuyos salones permitían agrupar a las amistades en general a aquellas personas aficionadas a la música, lo que vino a constituir un elemento de cultura y de sociabilidad que falta hoy para mantener los vínculos sociales, las sinceras y nobles amistades. Los delicados conciertos en la casa de Braulio Morales, a donde acudían los maestros Manuel María Gutiérrez, Pilar Jiménez, Gordiano Morales, Buenaventura Espinach, Ramón Arias, Ramón Espinach y otros, junto con las señoritas Mariana y Rosalina Morales, Clotilde Pacheco y Luisa Lizano, cuyo selecto conjunto serviría aún hoy de exponente de exquisita cultura musical..."
(1).

Don Manuel María pasó en el año de 1876 con el mismo General Guardia al Guanacaste, donde entre otras tareas estuvo unas semanas organizando la banda de Liberia. De este modo la condición

musical de este cuerpo mejoró sensiblemente, en un medio donde las inclinaciones hacia este arte era propicio.

En 1878 estuvo además como encargado de modo interino, de la Comandancia de Heredia y de la misma banda. Mientras tanto don Manuel María no descuidaba estar al tanto de la producción musical del exterior. Así, a través de un señor Alvarado, le da una lista de piezas nuevas y escogidas que requería, y le agregaba la recomendación de que fueran

"de las nuevamente publicadas de tres años a esta parte, bien sentimentales y propias para el gusto de Costa Rica" (2).

Uno de los principales problemas que tuvo la administración Guardia, fue la frecuencia con que sus enemigos organizaban movimientos que lógicamente tendían a derrocarlo. La explicación es sencilla, dentro de la concepción civilista y en favor de la alternabilidad en el poder, cosa que Guardia como dictador, no estaba en capacidad de ofrecer.

El problema llegaba hasta a sus propios parientes, que como en el caso de don José

Gregorio Trejos en Heredia, fue siempre tenido como feroz adversario de su primo.

Acatando órdenes superiores, no dudó don Manuel María el dirigirse al Comandante del Cuartel de Heredia el 22 de junio de 1879, de este modo:

"En caso de alarma o revolución que Ud. calcule, no estando el infrascrito en esta Plaza, autorizo a Ud. para ejercer el mando militar y civil de esta Provincia de acuerdo en dicha parte civil, con el señor Gobernador de esta Provincia, en cuanto no se oponga al orden público y al sostenimiento del orden establecido por el Excelentísimo General don Tomás Guardia o el Honorable Señor Ministro de la Guerra. Pudiendo capturar en el acto y ponerlos incomunicados, a los señores don Manuel José Zamora, Don Gregorio Trejos, don Paulino Ortiz, Padre don Matías González, Don Alberto y Augusto Moya, Don Celín y Vicente Castro, Don Pío Vega, Don Joaquín Madriz, Don Espíritu Alvarado, Don Rosendo y Vicente Segreda y las más personas que U. crea sospechosas, aunque sean deudos míos y del General en Jefe.

Queda pues autorizado para dar cumplimiento, bajo su más estrecha responsabilidad, a la presente orden" (3).

Nos encontramos aquí con los nombres de muy distinguidos heredianos, algunos, parientes muy próximos al General Guardia, lo que muestra que este tipo de relación valía poco ante los intereses democráticos de los ciudadanos heredianos, opuestos por principio a la dictadura.

Y dos semanas más tarde, el General Guardia envió al Comandante de Plaza, con fecha 8 de julio, el siguiente telegrama:

"Este mando en Jefe está informado de que ayer al capturar al reo Vicente Segreda, hubo personas que censuraron la medida; hombres que piensan que a criminales como Segreda debe dejárseles impunes, no debe considerárseles; y me extraña que Ud. no los haya capturado. Se que uno es Tranquilino Ulloa y otro Gregorio Trejos. Si así fuese, captúrelos y mándelos al Cuartel Artillería de esta ciudad, con los más que hayan incurrido.

Tomás Guardia" (4).

La información conocida por el Presidente, nos muestra ciertamente la existencia de esbirros que se apresuraron a dar a conocer los detalles al gobernante. Malos momentos vivían en consecuencia quienes se oponían al autócrata.

Cualquier oportunidad de un viaje a Europa, era siempre aprovechada por don Manuel María para encargos de música, y en ciertos casos, de instrumentos musicales. En 1881, los quebrantos de salud del General Guardia le llevaron a Europa y el 10 de setiembre de ese año, Francisco Guardia que iba en la comitiva presidencial, escribe a su pariente una interesante carta, que no deja de enterarnos de detalles valiosos sobre el suceso.

"Después de atravesar los Pirineos como lo he hecho yo junto con Tomás en catorce horas, unas veces a caballo, otras en burro y muchas a pie, he quedado con tanto cansancio que no puedo ser largo.

Tomás ha desaprobado mucho tantas remociones de empleados, a extremo que no quiere ver la Gaceta, pues dice que para economizar unos cinco o seis mil pesos, dejan a muchas familias con hambre, o que para el Gobierno esa cantidad es nada y le hace un daño terrible en el ánimo de los que sufren con semejantes decretos.

Tomás me encarga le diga a Ud. que haga ver que no son órdenes de él, pues algunos creen que al venirse dejó dispuesto esas economías que él llama de cocina; al contrario, está muy bravo por semejantes proceder y dice que cuando llegue volverá esos empleados a sus destinos, donde hacen falta para la buena marcha de los asuntos que corresponden a cada ramo.

Con respecto a sus encargos de música y demás, tendré el mayor gusto en hacerle la suscripción que Ud. desea y llevarle un instrumento nuevo, el cual tiene muchos diapasones, al gusto del que lo toca, así es que Ud. como buen músico me compondrá una pieza la cual se llamará (el gusto de todos).

Tomás está enteramente curado, muy gordo y contento y el negocio del empréstito y bonos, todo va a pedir de boca, así es que pasado mañana partiremos para Londres, de donde le escribiré cuanto más hay. Sin más por hoy, me despido de Ud. y de su muy apreciable familia; mande lo que guste a su primo

Francisco Guardia"

Es probable que el viaje hubiese sentado bien al General Guardia, quien tenía ya sus días contados, como que habría de fallecer en Alajuela el siguiente año, a 6 de julio. El hecho por supuesto debió tener una honda repercusión en don Manuel María, que tanta amistad y confianza tenía en su querido primo y amigo más bien.

A raíz de este viaje, debió el gobierno haber hecho la formalización de un pedido de instrumentos musicales para las bandas nacionales, a través de su representante en Costa Rica Señor Otto J. Hübbe y de la casa Sothers & Steinvorth. Don Manuel María Gutiérrez en su condición de Director General de Bandas, habiendo tenido conocimiento en mayo de 1882 de que tal instrumental había llegado, procedió a constatar si los instrumentos se hallaban conforme a la calidad y condiciones estipuladas en el pedido. En el informe que de inmediato rindió al Gobierno, el que fue estudiado por un consejo de Ministros, probó que no reunían la calidad y condiciones estipuladas. El consejo de Ministros, ante tal hecho, entabló conversaciones con la casa importadora, que a la postre concluyó con un contrato, por virtud del cual la casa de Sothers & Steinvorth se comprometen en traer de Europa, por su cuenta y riesgo y a la mayor brevedad.

"de la fábrica que el Señor Don Manuel María Gutiérrez, Director general de Bandas Militares de Costa Rica, en asocio del Agente que se le indique y de la fábrica que se considere de más crédito en aquel lugar, los instrumentos de música para las bandas militares de la República, en el número y con arreglo a la factura que se les presenta por el Ministerio de Guerra".

Otros puntos del contrato eran que

"Los Señores Sothers & Steinvorth se comprometen bajo su propia cuenta, a hacer los gastos que ocasione la residencia en Europa del referido Señor Don Manuel María Gutiérrez en cumplimiento de su comisión, siempre que dichos gastos no pasen de ochocientos a mil pesos".

Luego vienen otras especificaciones propias de la transacción con el estado, que no son de interés transcribir aquí. La fecha de este acuerdo con el Ministro de Guerra don Miguel Guardia, es de 5 de julio de 1882.

Apenas se habían sepultado los restos del General Guardia, cuando don Manuel María, en función de este convenio, se dispuso partir hacia Europa, en el que habría de ser su segundo viaje.

Este viaje le llevó de nuevo a Panamá, Londres y París, hospedándose en la última ciudad en el Hotel D'Athenes, en la Rué Gay-Lussac 6. Se le presentó más tarde la oportunidad de pasar a Hamburgo, en función misma de la selección de instrumentos y por razón de que él mismo en Costa Rica había reconocido de que parte del instrumental devuelto era muy bueno. Pero por alguna razón particular se resistió a ir, para contratiempo de los contratistas.

Este viaje tomó algunas semanas de setiembre y octubre de 1882. Al través de las cartas que le remitió su esposa desde Costa Rica, caemos en el conocimiento del calor familiar y hogareño. El 9 de setiembre doña Regina le escribe:

"no se olvide de traerme unos ojos para ver mis rezos y escribirle mejor".

Al hablarle de sus hijas el 25 de setiembre le escribe:

"tienen un Padre tan amoroso y desean complacerle en todo".

Su hijo Víctor le cuenta el día 28 de setiembre:

"dice Anita que se está apurando mucho (en la escuela, para) que le traiga una muñeca, Carlitos un rifle. Le encargo un relojito que creo que estarán, según me han dicho, muy baratos, si no me trae las novelas de Julio Verne que son instructivas".

En carta de agosto, hallándose en Londres don Manuel María, donde se encontraría con Ricardo y Jenaro Morales, sobrinos suyos e hijos de don Braulio, escribe doña Regina:

"Si va a París hágale una visita a la virgen de Lourdes y le reza una salve por mí y me traes un rosario".

Y siempre en las despedidas, doña Regina se muestra cariñosa y sensible con su marido, Por ejemplo en su carta de 25 de agosto expresa:

"reciba un millón de abrazos de sus hijitos e hijos, y el verdadero cariño de su vieja".

El espíritu religioso de doña Regina queda plasmado muy bien en este párrafo de su carta de 13 de agosto:

"Una súplica de esposa y es: que le rece una avemaria al corazón de María todas las mañanas para que ella lo defienda de todos los peligros".

Pervivía en este hogar el calor hacia los hijos, el fino sentimiento cristiano de la madre y de mujer, base fundamental de la armonía que todo ello transparenta, en cuanto a la vida matrimonial de don Manuel María concierne.

La misión que le llevó a Europa, fue cumplida a toda cabalidad, de manera que volvió don Manuel María a reunirse con los suyos, para pasar los que habrían de ser sus últimos años de vida.

En su carrera militar, le esperaba todavía un reconocimiento más, dado que el 5 de enero de 1883 resulta ascendido al rango de Coronel de los Ejércitos Nacionales.

Vivía entonces don Manuel María en San José, en la Calle del Cuño No. 36, que corresponde hoy a la Avenida Primera, Calles 5-7, en una casa de habitación que él mismo había mandado a construir en 1879 a un costo de mil setecientos pesos, resultado de un préstamo que le hizo su cuñado don Braulio Morales. Esto le llevó a comprometer un tanto su economía doméstica, de por sí generalmente corta.

Consciente de estas necesidades, su hijo mayor Belisario, que había estudiado para telegrafista y además hablaba un poco inglés, decidido a ayudarle, decidió pasar a Puerto Limón a trabajar.

En carta a su padre, de fecha 18 de junio, está evidente la preocupación familiar por la próxima muerte de don Tomás Guardia y lo que después de eso podía suceder, escribe:

"Querido papá:

Recibí su carta en la que me informa de la mala salud de nuestro protector y lo he sentido mucho porque no sólo se pierde a un amigo sino que quién sabe qué va a suceder en Costa Rica. Con todo, U. no se comprometa pues ahora que yo estoy afuera Ud. no debe desamparar a esas infelices.

No se aflija, Papá ya que Ud. ha trabajado (durante) tantos años y ya es (justo pues) ahora me toca a mí. (Yo he) tenido 24 años de color de rosa y como a todo se le llega su término ahora empiezan no los trabajos sino los deberes que los cumpliré con el mayor placer con tal que se conserve limpio como hasta ahora el nombre de mi familia.

Si por desgracia muere Don Tomás y a Ud. lo quitan del destino, alquile la casa a una buena persona por largo tiempo y se va a vivir con la familia a Heredia. Yo les mandaré todos los meses \$80 á \$100 para los gastos de la familia.

Con que así, díglele a mamita y a las muchachas que no hay cuidado, que Dios protege la Francia y que ya se les van a cumplir sus deseos de vivir en Heredia. Procure economizar y arreglar sus deudas para cuando se llegue el día no tener ninguna molestia".

Una gran satisfacción tiene que haber tenido el padre que recibe una misiva como ésta, en momentos de preocupación ante la duda del mañana.

En aquél entonces, Puerto Limón era un lugar donde las enfermedades, en particular el paludismo hacía severos estragos en la población. Era ésta otra razón más para estar pendiente de la salud del hijo que quería constituirse en el sólido soporte de sus padres.

En general Belisario parece haber resistido bien los problemas de la región; en setiembre de 1882 escribe a su padre, entonces en Europa:

"Al fin pagué el tributo de Limón, me dio la calentura pero de la manera más benigna y tuve la fortuna de que estuviera Juan J. Ulloa que es un buen médico y se ha portado muy bien pues me curó en tres días y me ha dejado con buena salud, sólo sí, un poco débil".

Belisario parece haber sido muy querido en todos los sectores sociales, de modo que pudo irse abriendo en Limón nuevas oportunidades, con el paso del tiempo.

En octubre de 1883, Belisario cuenta a su padre que abandona el telégrafo y se traslada al muelle, nombrado como Jefe de Contabilidad. Se siente más independiente y esperanzado del futuro.

El tiempo va discurriendo. En 1885, mes de marzo, escribe a su padre sobre la sorpresa de la muerte de don Próspero y su preocupación porque tenga que ir a la campaña contra Barrios, que como es sabido termina pronto y de un modo violento en Chalchuapa, El Salvador.

En noviembre del 85 llegan a don Manuel María malas noticias sobre la salud de su hijo. El mismo se traslada a Puerto Limón, donde el Doctor Bross le cuida con esmero, tratando de agotar todos los recursos de la ciencia para salvarle, pero el momento fatal llega el día 26 de noviembre, para desconsuelo general. Fue ésta una herida en el corazón de don Manuel María, que no sanaría y que precisamente habría de ser una de las razones para la pérdida de interés por vivir, que dos años más tarde le llevarían a la tumba.

Aun así, encontraremos algunos testimonios de su interés siempre permanente por la música. Parece que era habitual en don Manuel María pasar a Heredia los domingos a casa de su hermana doña Esmeralda y su cuñado don Braulio Morales. Para ello aprovechaba el ferrocarril y era casi lo corriente el venir con su uniforme militar. El 16 de abril de 1887, se celebraba un solemne acto público de entrega de premios a los alumnos del Colegio de San Agustín, en el Palacio Municipal, situado entonces donde hoy se halla la Unidad Sanitaria, al norte del Salón de Catecismo de la Parroquia. Después de los actos usuales en este tipo de reunión, en un momento dado las gentes dijeron a coro: "Que cante algo el Maestro Gutiérrez. Sí, que cante". El testigo que narró este suceso, don Luis Cartín González, nos agrega:

"Don Manuel no esquivó el afectuoso pero apremiante requerimiento. Antes bien, sin hacerse de rogar, inmediatamente se puso de pie y erguido, magnífico, en pose no exenta de arrogancia, con las manos puestas en las caderas, empezó a cantar ¿una aria? ¿acaso una vieja romanza? . No. El conocía perfectamente la tesitura de su voz. Inició las festivas coplas que dejaba oír la tiple en una zarzuela muy en boga entonces y que dicen en su primera estrofa:

*Malhaya la cocina,
Malhaya el humo,
Malhaya quien se fía
De hombre alguno.
Porque... ¡Caramba!*

Continuaban las coplas y al final de cada estrofa la tiple con mucha gracia repetía la consabida interjección: ¡Caramba! que la concurrencia, particularmente el elemento joven, que es el mismo en todas las épocas, aplaudía hasta rabiarse y no "coreaba" por no haberse introducido todavía en aquellos tiempos el hacerlo.

La zarzuela aludida, a lo que entendemos, había sido estrenada pocos meses antes, con éxito brillante, en el Teatro Municipal capitalino, por el conjunto artístico que trajo al país el empresario español (?) Señor Bachiller" (5).

Nos hallamos aquí con un rasgo para nosotros desconocido de don Manuel María, su facilidad para el canto, por supuesto que no en un sentido profesional.

De entonces data su última fotografía que conocemos, que ha servido para las imágenes más usuales que sobre el maestro Gutiérrez se conocen. De ella se sacó para ampliarla, agregándosele la condecoración bien ganada en la guerra de 1856, prendida sobre su pecho al lado izquierdo.

Como es fotografía de cuerpo entero, aun cuando aparece sentado, resulta evidente que era hombre de más que regular estatura, de hombros bien marcados. Su semblante es sin embargo triste, con evidentes rasgos de cansancio o al menos desánimo. Aparece rodeado de varias niñas, la del centro, sentada es su hija Anita y la del extremo izquierdo posiblemente otra de sus hijas, Adelina, ambas vestidas de rígido luto por la muerte de su hermano Belisario. Al lado de don Manuel María, en el extremo derecho está Ester, hija de doña Esmeralda y en consecuencia sobrina de don Manuel. Las dos niñas de pie, en el centro, son de la familia Rosabal. La foto es muy probablemente de 1886, un año antes de morir don Manuel María. Lamentablemente el paso de los años ha hecho efecto en esta interesante fotografía.

A fines del año 1887 don Manuel María no gozaba de buena salud. El día 15 de diciembre, se le concedió permiso por noventa días motivo de enfermedad, recargándose en don Rafael Chaves Torres, la Dirección General de Bandas.

Del relato vivamente recogido de don Víctor Gutiérrez por el Lic. don Víctor Manuel Elizondo, tomamos los párrafos que siguen, harto ilustrativos de los últimos días de don Manuel María. Dicen así:

"Yo entonces tenía diecisiete años —dice don Víctor Gutiérrez— y era su compañero de cuarto. Una noche hube de levantarme a atenderlo porque le dio una descomposición pasajera. Cuando se repuso, adivinando que su fin estaba cercano, me tomo la mano y me dijo:

—Lo siento por vos Víctor...

Comprendí que le atormentaba morir y dejar su familia en la pobreza, y le respondí:

—No se preocupe, papá. Tengo su espíritu y su sangre y le prometo que nadie pasará trabajos en la casa.

En la sonrisa que iluminó su rostro comprendí que mis palabras lo tranquilizaron... Y cumplí la promesa, porque a los veintidós años era yo jefe de la casa Keith y en mi hogar nunca faltó el pan a mis hermanas.

José, que es en la que ahora está situado el Chez Marcel (1952), mi padre se sentó en mi sillón junto a la ventana que daba a la calle Miró por unos momentos al cielo con profunda

tristeza. Llamó a mi hermana Adelina y le pidió su violín. Trató de afinarlo, pero estaba tan débil que no pudo, y me rogó que se lo pusiera a tono. Listo el instrumento lo sujetó en su barba y tocó un aria del Moisés de Rossini con tal sentimiento y emoción, que al mirarnos mi hermana Adelina y yo nos notamos los ojos bañados en lágrimas.

Yo adiviné que aquello era el canto del cisne y salí para traer un médico.

Así que terminó de tocar —me contó mi hermana Adelina— le pidió una taza de leche. Cuando volvió con ella mi padre estaba en el sillón inmóvil. Poco después entraba yo con el médico, quien nos declaró que nada podía hacer.

¡El inmortal autor del Himno Nacional había emprendido su último viaje sin regreso, hacia la Gloria de Dios!" (6).

El gobierno de la República, sabedor de las condiciones en que murió don Manuel María, por decreto No. 302 de 26 de diciembre dictó el siguiente acuerdo:

"En atención al estado de pobreza en que ha muerto el Coronel don Manuel María Gutiérrez, que fue director General de las bandas de música militar, quien por más de cuarenta y cinco años ha prestado sus buenos servicios a la Nación, el Benemérito General Presidente de la República

ACUERDA

Que los gastos de funerales y entierro del expresado Coronel se hagan por cuenta del Estado."

El decreto aparece firmado por el Presidente de entonces, don Bernardo Soto y su Subsecretario de Estado en el despacho de Guerra don Ronulfo Soto.

De lo que se escribió a raíz de su muerte, quizás lo más expresivo fue lo publicado en "La República" por alguien Heredia que firmó XX:

"Euterpe está de duelo. Costa Rica ha perdido hoy a uno de sus más inspirados artistas y el arte (a) uno de sus más preclaros hijos.

Don Manuel María Gutiérrez, después de larga y laboriosa jornada ha caído al golpe inexorable de la muerte; pero dejando tras sí —como estela de gloria—, tiernas y ,< armonías que vivirán eternamente, parquí mueren jamás las creaciones de arte y del entendimiento humano.

El señor Gutiérrez ha muerto a la edad de 60 años. Uno de esos golpes terribles que ponen para siempre luto en el corazón y llenan de eterno dolor el alma, le ha hecho sucumbir, después de llevar la frente cargada de borascas. La sentida muerte de su idolatrado hijo Belisario fue para él una catástrofe. No era posible que un corazón de artista soportara por más tiempo el intensísimo dolor que le devoraba el alma.

No tan solo sentimos la muerte del señor Gutiérrez por el inmenso vacío que deja en el seno de su estimable familia, y en la República en general, sino también por haberse apagado para siempre una brillante estrella en el seno del arte" (7).

NOTAS

1. González Flores, Luis Felipe, 1947:4
2. Pedido de 11 de marzo de 1878.
3. Papeles de Don Manuel María Gutiérrez, copiados en 1945.
4. Idem.
5. Cartín González, Luis. 1952 a:6
6. Elizondo, Víctor Manuel. 1952.
7. Periódico La República, Año II, No. 419 (25 Diciembre 1887): 2

CAPITULO VII

SEMBLANZA EPILOGAL

En los capítulos anteriores, hemos podido ver la trayectoria biográfica de don Manuel María Gutiérrez, desde su nacimiento hasta su muerte. Pensamos sin embargo, que este enfoque biográfico quedaría incompleto sin que emprendamos un intento de comprensión global de su vida, de las enseñanzas que su huella ha dejado en el país y de las razones justificativas de un empeño, que como el nuestro, ha procurado volver a traer al presente a dicho personaje.

El primer hecho que nos llama la atención, es la temprana vocación musical del maestro Gutiérrez, inmerso en un medio donde de modo innegable las condiciones para una orientación de esta naturaleza eran pocas, a más de difíciles. Por lo mismo, la línea recta trazada hacia la profesionalización como músico, es el elemento que nos persuade de que nos hallamos ante un carácter decidido y constante, cuyo surco quedaría marcado en las páginas de nuestra historia cultural.

No nos hallamos sin duda alguna ante un gran genio creador, ante un compositor extraordinario, porque para ello hacían falta las raíces profundas de una educación formal muy acabada, de tipo academicista, que no era posible que existiera en Costa Rica. Pero nos encontramos ante un individuo que volcó sus actividades hacia el estímulo y fomento de este arte, en especial al través de su servicio en las bandas militares del país.

Como las circunstancias han cambiado considerablemente, a nosotros hoy se nos hace más difícil evaluar su dimensión histórica, porque nos faltan muchos de esos elementos intangibles de su personalidad, para definirlo en su más auténtica dimensión.

La crisis de su adolescencia y su actitud rebelde de 1843, nos ponen en evidencia la formación de un auténtico carácter, tan necesario luego en sus funciones de director de banda y luego en la Dirección General de las Bandas de Costa Rica.

Su rápido ascenso, en momentos en los que muy seguramente había otros individuos de mayor madurez y experiencia en el terreno musical, nos convencen de que si se le escogió fue porque se le consideraba el mejor, dado que no tenía padrinzagos políticos ni fuerzas poderosas a su favor, como para que sobre los de mayores méritos, se diera un caso de discriminación por preferencia.

Los músicos de las bandas del país, le qui 111 afectuosamente, no por su jerarquía, sino por su dimensión humana.

Don Luis Cartín escribió una anécdota de don Manuel María que nos introduce en esta dimensión. Nos cuenta que

"En el año 1847, siendo el Maestro Gutiérrez Director de la Banda Militar de Heredia, contaba entre los integrantes de ese cuerpo a un sujeto llamado José Pavón, quien tocaba bombardino. Creemos no era herediano; su apellido no lo es. Este músico incurría frecuentemente en la malhadada práctica, en los momentos de la ejecución, de "transportar" su instrumento en sentido descendente para atacar con mayor comodidad y menor esfuerzo las notas agudas inmediatas. Ya en diversas ocasiones le había amonestado don Manuel, a fin de que no incurriese más en tal incorrección. En una mañana de tantas, en que quizás el Maestro estaba de mal café o había tomado tal vez más de un traguillo, habló así al iniciarse la "academia": "Te has fijado, Pavón, en esta batuta que tengo en la

mano?. Repara que es de madera buena y muy dura. Pues si te emperrás al tocar, en seguir bajando el instrumento, yo te voy a dar con ella en media cabeza".

A esto Pavón se sirvió replicar: "Usted podrá hacerlo, Maestro. Pero bueno es que no eche en olvido que, en estos casos, tanto arriesga el tirador como la pava". Don Manuel María montó inmediatamente en cólera y le contestó: "Estás dado de baja de la banda desde este momento". Es de advertir que bajo el régimen militar, la respuesta de Pavón constituía una grave falta de disciplina que ameritaba la sanción impuesta por el Maestro.

Al escucharlo, Pavón se quitó el uniforme lentamente y ya vestido de paisano, se encaminó hacia el exterior del Cuartel que daba frente a la Plaza. Cuando iba aproximadamente llegando a la mitad de ésta, el Maestro, que había reaccionado, exclamó: "Pavón es hombre pobre y padre de familia; yo he sido un tonto, que me he dejado llevar por la violencia. Esto está muy mal hecho. Vayan a darle alcance y díganle que le ruego que venga, porque yo quiero que continúe como antes en servicio".

De esta manera demostró, que después de todo, era hombre de corazón y que en él predominaba un excelente fondo moral" (1).

También podemos mostrar, con otro ejemplo, que siempre estuvo alerta en estimular y hasta descubrir los talentos musicales que pudieran hallarse donde estuvieran. La anécdota que en seguida narraremos, se relaciona nada menos que con el "descubrimiento" de un joven prometedor, el del músico Rafael Chaves Torres, hacia quien siempre profesó don Manuel María particular afecto.

Un día, hallándose sentado frente al Cuartel Principal de San José, descansando de sus fatigas como Director de la Banda, pasó por allí un niño de acaso unos diez años de edad, que andaba vendiendo pan y bizcocho, fabricado por su señora madre. Y entre grito y grito pregonando la mercancía que llevaba, silbaba algunos fragmentos marciales aprendidos de los conciertos dados por la banda Josefina. Al escucharlo el maestro Gutiérrez, le llamó y le ofreció su ayuda para que aprendiera a tocar algún instrumento. Consultólo el niño con su madre y poco después hizo su ingreso como aprendiz de la banda, empezando con el puesto llamado de cornetilla, esto es acarreado atriles y haciendo mandados a los músicos y la mayor parte de la mañana, empleándola en el aprendizaje de determinados instrumentos musicales. Así nació para gloria de Costa Rica, el músico que más tarde compusiera la célebre marcha fúnebre del Duelo de la Patria (2).

Y dado que hacemos alusión al maestro Chaves Torres, creemos pertinente expresar que era nativo de San Vicente de Moravia, donde nació el año de 1839. Don Manuel María fue para él como un verdadero padre, perdonándole a menudo sus faltas, por reconocer en él a un talento en nuestra música. A tal grado hubo afinidad entre estos dos personajes, que más de una vez hemos podido escuchar que hay gentes que le han atribuido a don Manuel María la paternidad de aquél, cosa que es imposible, dado que mediaban apenas diez años de diferencia entre uno y otro.

Unos pocos papeles de don Manuel María aluden a su discípulo, en casos y situaciones que tienden a darnos una mala imagen de don Rafael Chaves, no por su trato en situaciones normales, sino como resultados del abuso del licor y de su morosidad en el pago de deudas, por andar siempre adelantado a consecuencias del vicio que le embargaba.

Don Víctor Gutiérrez en la entrevista que le hiciera en 1952 don Víctor Manuel Elizondo, recuerda que don Manuel María quería mucho, a Chaves, y que los triunfos del discípulo llenaban de honda satisfacción al maestro. Un día don Manuel María le expresó a su hijo:

"Víctor, me dijo: tengo una alegría que me hace derramar lágrimas. Acabo de saber que en España, para los funerales del Rey Alfonso XII, se ha elegido El Duelo de la Patria, de mi discípulo el "Zonto" Chavez, para ser tocado después de la marcha Real Española. Reviento de orgullo, Víctor, porque vos sabes que el "Zonto" es como un hijo de mi espíritu de artista! " (3).

De modo que el interés del maestro Gutiérrez no consistió únicamente en asegurar su situación personal, sino que consideró que su mejor herencia habría de ser su proyección al través de sus discípulos. Esto explica además el motivo por el cual le perdonaba a Chaves sus fallas disciplinarias, pues comprendía que lo fundamental era asegurar la vocación de artista y compositor que encerraba en sí, y que le han dado prestigio al través de los años, olvidándonos siempre de sus fallas mundanas.

Otra de las dimensiones que enaltecen al maestro Gutiérrez, es su preocupación constante por el mejoramiento de la música marcial, tanto en cuanto a la consecución de mejores instrumentales, como en cuanto al repertorio de las mismas. Sus viajes fuera del país, tanto a La Habana primero, como más tarde a Europa, tuvieron siempre esta característica. Ello habría pronto de permitir que en Costa Rica se organizaran por vez primera las orquestas con las que las primeras compañías de ópera y zarzuela abrieron una nueva dimensión musical a la cultura nacional.

Como compositor, no estamos en condiciones de evaluar su aporte y capacidad creadora, por carecer de los elementos necesarios para un justo pronunciamiento al respecto. Sabemos que como músico del siglo XIX, se halló sometido tanto a las corrientes de la música marcial, como de la que estuvo en boga en los salones y bailes del Viejo Mundo primero y más tarde en el nuevo. Compuso marchas, valeses, polkas y demás ritmos entonces de moda, pero nuestra desidia y una circunstancia particular de la que de inmediato tendremos que hablar, hizo que mucha de esa música se perdiera.

A principios de este siglo, contrató el gobierno de Costa Rica para mejorar las bandas militares, al maestro belga Juan Loots. Educado en la rígida academia, despreció al venir al país la producción nacional, considerándola de poco valor.

"Todavía los amantes del progreso musical de nuestra patria recuerdan con indignación que ese profesor belga, cuya competencia nadie pretende regatear, movido por una enconada "fobia" contra todo lo que significa producción nacional, cometió el abuso, realmente delictuoso, de destruir gran cantidad de música de autores del país, que él tachaba de estar plagada de toda clase de defectos técnicos. Los amigos de Monsieur Loots tratan de vindicarlo en su proceder, afirmando que su propósito primordial fue depurar el gusto de sus discípulos y subordinados.

Dando de barato que así fuese, no puede olvidarse que emprendió viajes a todas las provincias, yendo hasta la lejana Liberia, sólo por quemar la música nacional que existía en los archivos de la banda. ¿Quién le confió esa facultad? ¿Quién podía otorgársela? El se la arrogó por sí y ante sí. También obsérvese que juntamente con la música nacional, entregó a las llamas con igual animosidad, un buen número de papeles de música europea de indiscutible mérito, que buenas sumas costó al estado el adquirirlos en otro tiempo en que Mr. Loots repudiaba sólo por no ser de su personalísimo agrado, llevó su animadversión hasta el extremo de prohibir en una Semana Santa el "Duelo de la Patria". Mas los músicos en masa resistieron considerándola arbitraria y el Ministerio de Gobierno al enterarse de ella la dejó sin efecto"(4)-

He aquí la explicación que clarifica en mucho nuestra problemática, dado que era en el archivo de la Dirección General de Bandas, en primer término, y en la Banda de San José, donde paraban las composiciones de don Manuel María, que por supuesto, no escaparon a este ataque despiadado a nuestra cultura musical de Costa Rica.

Unicamente hemos podido encontrar una lista seguramente incompleta de las piezas musicales compuestas por el maestro Gutiérrez, cuyo valor es demasiado limitado ante la inexistencia de copias de dicha música, que sería el medio a emplear para una justa valoración de esta dimensión de nuestro biografiado.

La ultima dimensión que queremos destacar del maestro Gutiérrez, es su dimensión más humana, como esposo y padre de familia. A don Víctor Gutiérrez Umaña le escuchamos muchas veces hacer memoria de su padre, con un sentido de afecto tan profundo, que no podía uno menos que identificarse con él en esc sentimiento. Al través de la correspondencia familiar que hemos podido manejar, y de la cual hemos dejado algunos testimonios, hallamos en don Manuel María al padre afectuoso, al marido que llena en forma plena los sentimientos más nobles de toda la familia. El drama familiar de la pérdida del hijo mayor, fue una herida demasiado profunda que turbó sus últimos años, al grado de dejarse llevar por este sentimiento y prepararse a morir, tempranamente más bien.

Con su muerte, la familia propia, su familia grande de músicos de todo el país, sintieron hondamente su partida. Para ese tiempo solían casi todos estar en San José, para las festividades de fin de año. Por ello poco menos de docientos músicos tocaron en la marcha fúnebre hasta el Cementerio General de San José, donde se le enterró.

"Cuando el cadáver del Maestro salió de la Iglesia del Carmen, vertiendo lágrimas aquellos músicos tocaron el Duelo de la Patria. Fue éste un postrer homenaje de gratitud de sus discípulos a su venerado maestro, que resonó en el corazón de todos los concurrentes a su entierro, como un verdadero grito de dolor de la República" (5).

NOTAS

1. Cartín González, Luis. 1952 b.
2. Montero C., Rafael E. 1942: 9-10
3. Cartín González, Luis. 1952 b.
4. Cartín González, Luis. 1952 a:9.
5. Elizondo, Víctor Manuel. 1952:6.

ANEXOS

ANEXO No. 1

APUNTES GENEALOGICOS SOBRE LA FAMILIA GUTIERREZ

Cayetano Gutiérrez Guerrero, hijo, de Luis Gutiérrez y doña María Guerrero. (Ver Protocolos Heredia 5 Oct. 1775; 30 jul. 1795; 20 mar. 1813). En 1816 declara ser de edad muy avanzada (P.H., enero 1816).

1. Con Bárbara Ruíz, h.l. de Lorenzo Ruíz de Villegas y Paula de Arias (P.H. 21 jul. 1782). Murió en 1795, antes del 5 nov.
2. con Nicolasa Flores, h.l. de Santiago Flores y D. Manuela Josefa Porras. Un feb. 1797 estaban ya casados (P.H.).

Familia Gutiérrez Ruíz. Hijos

1. Juana Antonia (m. ya 1813).
c.c. Alejandro Alfaro. h. Juan Antonio
José Miguel Flores.
2. Francisco Anselmo, c.c..Manuela Gertrudis Flores (hna de Nicolasa)
hijos: Dámasa c.c.. Dámaso Lizano, h. Paulina, Joaquín de Jesús, Saturnino, María Gertrudis, Ramón Aparicio ce Sra Uriza, María ce Rudecindo Guardia (h. Víctor, Tomás, etc.)
3. Mónica Josefa ce Dionisio Soto, h. Juan Antonio.
4. Juan Agustín (murió joven).
5. Eusebio (m. ya en 1813). c.c. Ana María Flores, h. Pbo. Manuel Gutiérrez.
6. Juan Miguel (murió joven).
7. Ramón.
8. Cipriano (Pbo).
9. José María.
10. Apolinaria Liboria c.c. Basilio Pérez, h. Basilio.

Familia Gutiérrez Flores. Hijos.

1. Evaristo.
2. Mercedes ce Pedro Zamora h. Juan José, María de Jesús, Sinforosa, Victoria (c.c. Ponciano Flores, No. Luis R. Flores.

3. Ana, h. nats. Juan Vicente, Manuel María, Esmeralda.
4. Antolina. c.c. Damián Dávila.
5. Ramona c.c. Raymundo Trejos (17 abril 1825). h(José Gregorio Trejos G.).
6. Joaquina.

NOTA: Los datos que aquí se aportan son bastante incompletos y la finalidad principal es establecer las relaciones de parentesco de algunos de los personajes que se citan en el texto, c.m.

ANEXO No.2

HOJA DE SERVICIOS DE DON MANUEL MARIA

Entre los numerosos documentos que con sumo cuidado guardó para sí don Manuel María Gutiérrez, encontramos tres hojas de servicio tuyas, que vienen a ser algo así como el *curriculum vitae* hoy día usado para varias finalidades.

El más importante de ellos es el que va reproducido a continuación, suprimiéndose eso sí las diferenciaciones ortográficas, producto de la época.

Aunque el documento no tiene fecha, es de presumir que fue redactado por allí de 1880, es decir, siete años antes de su muerte.

NOTA: Los primeros marginales representan la edad en que le fueron conferidos a D. Manuel María esos grados, y es anotación debida a su mismo autor.

12. El 19 de mayo de 1842 fui filiado en el Cuartel Principal, con la obligación de tocar el flautín.
13. El 11 de setiembre del mismo año se pronunció el país contra el General Morazán y me obligaron a pelear once veces en tres días, contra los míos, pero en mi deber, porque era subalterno de un gobierno legítimo. Después de pasada la revolución me mandaron a servir en Heredia hasta el (año de mil ochocientos) 45 que vino don José Martínez a enseñar (en)
17. las bandas y estuve de soldado hasta el año 46 (en) que me dieron el grado de sargento
19. primero y tambor mayor de aquella banda; el año 48 con motivo de la campaña de Alajuela, en la que también expuse mi vida, me hicieron
23. subteniente, después me trasladaron a San José hasta el año 52 (en) que murió el Maestro Martínez, quien me recomendó al General Don José Joaquín Mora y se me nombró Director General de las bandas de San José y Cartago, porque en las (demás) provincias no tenían entonces.
24. El año 53 compuse el Himno Nacional de la República (léase año 1852): permanecí hasta
23. el 58 y desconfiando de mis capacidades, supliqué al Ministro de Guerra, General Cañas, que me prestaran 500 pesos para salir del país a conocer lo que era el arte de la música y fui satisfecho, con calidad de rebajar 25 pesos cada mes, hasta que pagué dicha cantidad, según conservo recibo del habilitado Sargento Mayor y en ese tiempo don Daniel Escalante.

El resultado de este viaje fue bueno para mí y para la nación, pues pude aprender algo de la organización de la grande orquesta y a pesar de las dificultades del país para organizar esta nueva empresa, con mi constancia y la ayuda de algunos compañeros y discípulos, logramos formarla y acompañar a 5 compañías líricas y 3 de zarzuela que han ingresado al país.

27. El año 56 fui a la campaña de los filibusteros y desempeñé una comisión peligrosa que no pudieron (realizar) seis hombres que se sacrificaron antes, mientras que yo le di a don Juan Alfaro Ruiz la orden de auxiliar el Ejército nuestro en Rivas, que estaba sitiado por Walker, y que con su venida muy pronta les atacó por la retaguardia del Sur, (casa de Colé) y esto fue el triunfo de nuestro ejército.
31. El año 60 organicé las bandas de Alajuela y Heredia, que hacen honra a la nación, lo mismo que la de Liberia, Puntarenas y San Ramón.
35. El año 64 fui en comisión a Europa para comprar un instrumental para las bandas y logre traerlo bueno y barato, como lo certifica nuestro Cónsul el señor Lafond, cuando desempeñaba este destino en París.
43. El 72 me mandaron poner dos telegramas, uno a don Manuel Alvarado a Londres y me sobró de los fondos que me dieron, que eran 500 pesos, y se lo reproduje a Guardia, que estaba entonces en Nueva York.
47. El año 76 fui al campamento de Liberia y trabajé bastante con bandas que había allí, y como Ayudante General del General Guardia.

He desempeñado tres veces interinamente la Comandancia de la Provincia de Heredia y unos pocos días la de Cartago. (Este documento, como se observa, es de importancia no sólo para la comprensión de la vida de don Manuel María, sino para la Historia de las Bandas Militares de Costa Rica, de las que realmente se desconoce tanto.

NOTA: Aunque esta Hoja de Servicios merece algunas notas aclaratorias, estas serían tantas, que he preferido dejar el documento tal como es, c.m.

ANEXO No. 3

COMPOSICIONES MUSICALES DE DON MANUEL MARIA GUTIERREZ

(Conforme a un manuscrito del archivo de don M. M. G.)

Marcha	La Costarricense. 1862
Obertura	para pequeña orquesta
Polka	"La Nueva Era" (1859)
Marcha	Carolina
Vals	El Primo (1854)
Padre Nuestro, Ave María, Salve. 1876	
Paso Doble	El Artillero (A Pedro Quirós)
Marcha	Llamada. (Oct. 1869)
Diana	La Independencia
Mazurca	Chepita. (Miravalles 1872)
Mazurca	Ester
Polka	Las Josefinas
Vals	El Amigo
Contradanza	La Doloritos
Mazurca	Los Guerreros
Danza	La Elisa
Polka	Ana Benita
Polka	La Isabel
Paso doble	El doble catorce
Mazurca	La Viviana
Diana	La Adelina
Varsoviana	La Regina
	La Jarana
Himno	Funerales de Guardia (1882)
Himno	en honor de los vencedores de los Filibusteros. (1857)
Paso doble	El 27 de abril (a Víctor Guardia)
Vals	Gran Vals
Mazurca	La María
La Primera Toques generales de ordenanza	
Una obertura, tres valsos y 2 mazurcas, arregladas para pequeña orquesta en La Habana, agosto 28 de 1858	

NOTA: No se incluyen aquí, ni el Himno Nacional, ni la marcha Santa Rosa, ni el vals El Palacio, c.m.

ANEXO No. 4

CRONOLOGIA DE DON MANUEL MARIA GUTIERREZ

1829	Setiembre 3	Nace en la ciudad de Heredia, hijo de Doña Ana Gutiérrez Flores
1836		Estudia en la escuela de música a cargo de don Damián Dávila, su tío político
1842	Mayo 13	Entra al servicio militar como flautín en el Cuartel Principal de San José, en tiempos de Morazán
	Setiembre 11	Participa en la defensa del Cuartel Principal, ante el asedio que hacen los josefinos a Morazán. Consigue escapar.
	Setiembre 20	Se le traslada a las milicias de Heredia
1843		Sirve como director de la Banda militar de Heredia
1846	Enero 1	Es nombrado el maestro español José Martínez como Director General de Bandas
	Junio 11	Se ejecuta públicamente por vez primera la música del Himno Nacional de Costa Rica, frente a la Casa de Gobierno
	Setiembre 1	Es ascendido al grado de Sargento primero de la Banda del Regimiento de Heredia y Tambor mayor veterano.
1848	Abril 6	Ascendido a subteniente por los méritos contraídos en los enfrentamientos de Alajuela, donde expuso su vida. Es trasladado a San José
1852	Marzo 22	A la muerte del Maestro Martínez, entra a sustituirlo en la Dirección General de Bandas 1853
	Junio 27	Es ascendido al rango de Teniente y nombrado en propiedad Director de la Banda de San José
185	5 Junio 24	Estrena su vals El Palacio, en ocasión de la inauguración del Palacio Nacional
1856	Marzo 20	Se halla en la batalla de Santa Rosa y en El Pelón compone la célebre marcha de Santa Rosa
	Abril 11	Participa de modo activo en la batalla de Rivas; consigue pasar a Sapoá, a traer refuerzos del coronel Alfaro Ruíz
	Junio 28	Recibe el despacho para el cargo de la Dirección General de Bandas
	Octubre 24	Contrae matrimonio en Heredia con la señorita Regina Umaña Orozco
1858	Junio 1	El Presidente Mora le confiere el título de Capitán

	Junio 4	Parte hacia La Habana, Cuba, a estudiar la organización de orquestas y composición con el maestro Espadero.
	Julio 7	Sale de La Habana hacia Costa Rica
	Julio 22	Arriba a Puntarenas procedente de Cuba en el vapor Columbus
1859	Agosto 24	Es ascendido en el gobierno del Dr. Montealegre al grado de Teniente Coronel
1860		Organiza las bandas militares de Alajuela y Heredia, lo mismo que las de Liberia, Puntarenas y San Ramón.
1864	Marzo	Viaja a Europa en comisión del gobierno para la compra de instrumental para las bandas nacionales.
		Se imprime la primera edición del Himno Nacional en Francia, y la dedica al Consul de Costa Rica Mr. Gabriel Lafond de Lurcy.
1872		Viaja a Jamaica en comisión del gobierno, a poner un telegrama a Londres, para empréstito sobre el ferrocarril al Atlántico
1876		Pasa a Liberia a organizar la banda, en su calidad de ayudante general del Presidente Tomás Guardia.
1878	Octubre 15	Queda como encargado interino de la Comandancia de Plaza de Heredia
1879	Setiembre 19	Renuncia a su recargo de la banda y plaza de Heredia
1882	Julio 6	Muere en Alajuela su primo y protector General Tomás Guardia
1882	Julio	Emprende su segundo viaje a Europa, con el fin de resolver contratación sobre instrumentos para bandas nacionales
1959	Octubre 12	Los restos mortales son trasladados al cementerio de la ciudad de Heredia
1883	Enero 5	Ascendido a Coronel de los Ejércitos Nacionales
1885	Noviembre 26	Muere en Puerto Limón su hijo mayor Belisario
1887	Diciembre 25	Muere don Manuel María en la ciudad de San José
1897		Muere en San José Doña Regina Umaña de Gutiérrez
1921	Setiembre 5	La Municipalidad de Heredia impone su nombre al Parque del Carmen
1923		Se emite una estampilla con su efigie
1929	Agosto 31	Se inaugura en Heredia el Parque y estatua de Manuel María Gutiérrez
1952	Mayo	Se bautiza una escuela con el nombre suyo.
1959	Octubre 12	Los restos mortales son trasladados al cementerio de la ciudad de Heredia.

BIBLIOGRAFIA

ARAYA, JOSE RAFAEL

1945 "Vida musical de Costa Rica". Imprenta Nacional, San José

ARCHIVOS NACIONALES

1904 "Indice de los Protocolos de Heredia". Imprenta Nacional, San José

1939 "Lista de revista de comisarios del ejército de Morazán. Mayo, 1842". En: Revista de los Archivos Nacionales de Costa Rica, Año III, págs. 648-111

ARETZ, ISABEL (Relatora)

1977 "América Latina en su música". Unesco-Siglo XXXI. México D.F.

BORGE, FERNANDO

1942 "Historia del Teatro en Costa Rica". Imprenta La Española. San José.

CARTIN GONZALEZ, LUIS

1952a "En el centenario del Himno. Una anécdota del Maestro Gutiérrez." . En: Diario de Costa Rica, (15 de junio): 3

1952b "El Maestro don Manuel María Gutiérrez nunca alardeó de cantante". En: Diario de Costa Rica (8 de junio): 9

CARPENTIER, ALEJO

1946 "La Música en Cuba". Colección Tierra Firme 19. Fondo de Cultura Económica. México

DOBLES SEGREDA, LUÍS

1920 "Rosa Mística". Imprenta, Librería y Fotografía Alsina. San José

1945 "Octavio Morales, músico dilecto y maestro apasionado". En: Repertorio Americano. Cuadernos de Cultura Hispánica. Año XXV, No. 980 (29 de enero): 220-222. San José

ELIZONDO, VICTOR MANUEL

1952 "El hijo habla de su padre. Una biografía del inmortal autor del Himno Nacional: Don Manuel María Gutiérrez". En el periódico "La Campana de Cubujuquí Año VI--No. 69 (marzo): 1—C

FERNANDEZ GUARDIA, RICARDO (traductor)

1929 "Costa Rica en el siglo XIX". Imprenta Gutenberg. San José.

1943 "Morazán en Costa Rica". Imprenta y Librería Lehmann. San José.

FLORES, BERNAL

1978 "La Música en Costa Rica". Editorial Costa Rica, San José.

GARCIA, MIGUEL ANGEL

1952 "Diccionario Histórico-enciclopédico de la República de El Salvador". Tomo I. de San Salvador. Imprenta Nacional. San Salvador.

GONZALEZ FLORES, LUIS FELIPE

1921 "Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica". Imprenta Nacional. San José.

1930 "Benefactores de Heredia". Imprenta Gutenberg. San José.

1947 "El cincuentenario de la fundación de la estudiantina de señoras y señoritas para el cultivo de la música. 1897-11 de julio -1947". En el periódico: "La Campana de Cubujuquí". Heredia Año II, No. 13 (julio): 3-4

1952 "Himno Nacional de Costa Rica. Documentos relativos a la celebración del Centenario". Imprenta Nacional. San José

GONZALEZ CASTRO, FRANCISCO

1959 "Por el Honor de don Manuel María Gutiérrez". Diario "La República" (25 de octubre): 13 — y 29. San José.

HALE, JOHN

1929 "Seis meses de residencia y viajes en Centro América, etc." En: Fernández Guardia, Ricardo (traductor). 1929

MANNING, WILLIAM R.

1934 "Diplomatic correspondence of the United States. InterAmerican Affairs, 1831-1860". Volume IV. Central America. Carnegie Endowment for International Peace, Washington.

MONTERO BARRANTES, FRANCISCO

1892 "Elementos de Historia de Costa Rica". Tomo I. Tipografía Nacional. San José.

OFICIAL

1861 "Colección de Leyes. Año de 1843". Imprenta Nacional, San José.

1862 "Colección de Leyes. Año 1845". Imprenta Nacional. San José.

PACHECO, OTONIEL

1892 "Manuel María Gutiérrez" . En: Almanaque Centro Americano para el año de 1893. Librería Española de Vicente Lines. Págs. 41-47. San José.

PRADO, LACIDES

1942 "Apuntes sintéticos sobre la historia y producción musical de Costa Rica". Imprenta Nacional. San José.

SANABRIA MARTINEZ, VICTOR

1929 "Datos cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica". Publicado en entregas en -1932 la revista El Mensajero del Clero. San José.

SAENZ POGGIO, JOSE

1947 "Historia de la música guatemalteca, desde la monarquía española hasta fines del año de

1877 "En: Revista Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Año XXII, Nos. 1-2 (marzo-junio): 6-54. Guatemala.

ZEAL, LEOPOLDO

1965 "El Pensamiento Latinoamericano". Colección Pormaca. Editorial Pormaca S.A. 2 vols. México.

Periódicos

ECO DE IRAZU. 1854-55. San José.

MENTOR COSTARRICENSE. 1842-46. San José.

LA REPUBLICA. 1887. San José.

Manuscritos

Papeles del archivo de don Manuel María Gutiérrez. 1843-1887

Archivo Nacional de Costa Rica. Sección Colonial. Guatemala 647 (Año de 1793)

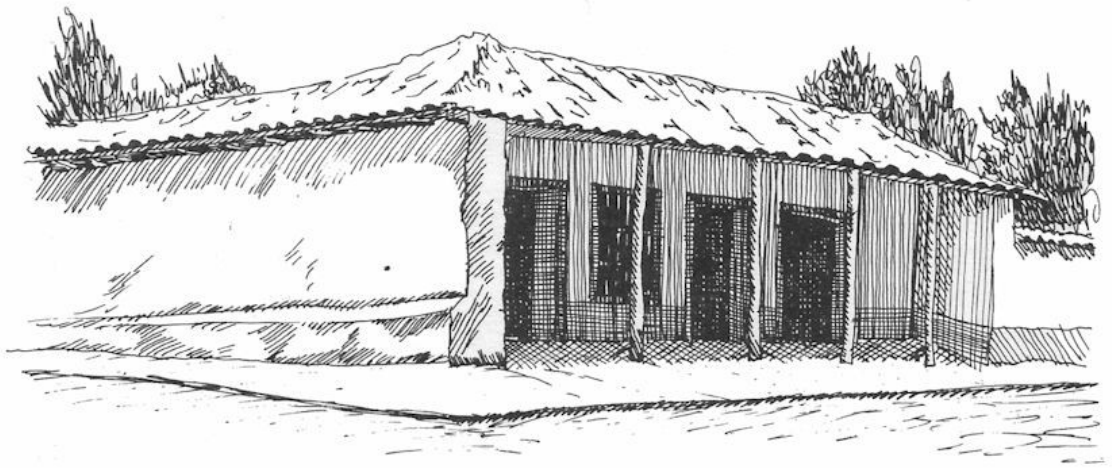
ANEXO FOTOGRAFICO



Retrato del Coronel don Manuel María Gutiérrez, tal como lucía en sus últimos años. Ostenta en su pecho la medalla de oro con que el Presidente Mora le condecoró por sus servicios en La Guerra contra Los Filibusteros.



Aspecto de la Iglesia Parroquial de Heredia, antes del terremoto de 1851. Reproducción tomada de un plato de porcelana de la época de factura inglesa, que se conserva en el Liceo de Heredia.



En la casa que Construyera don Cayetano Gutiérrez en Heredia, situada frente a la plaza y diagonal a la esquina suroeste del templo parroquial, nació don Manuel María Gutiérrez el año de 1829.



Rostro muy parecido al de su hijo, fue el de doña Ana Gutiérrez Flores, madre de don Manuel María.

*Foto de Lorenzo Fortino
c. 1864*

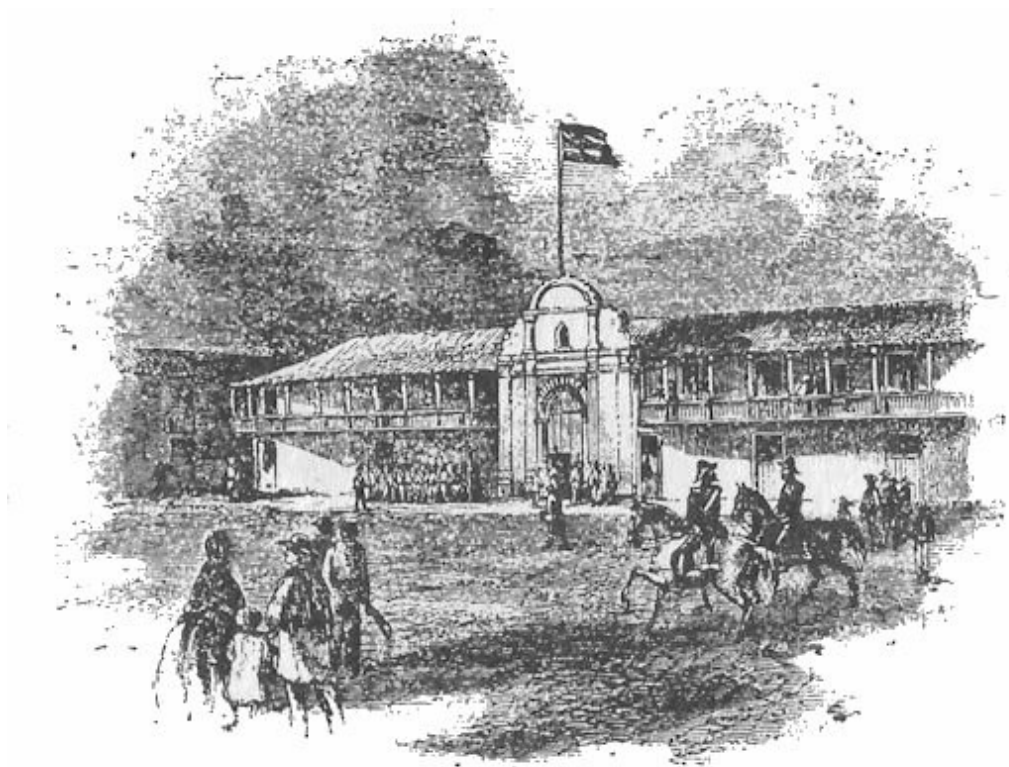
Mr. M. Gutiérrez
E3

Regina
de Gutierrez

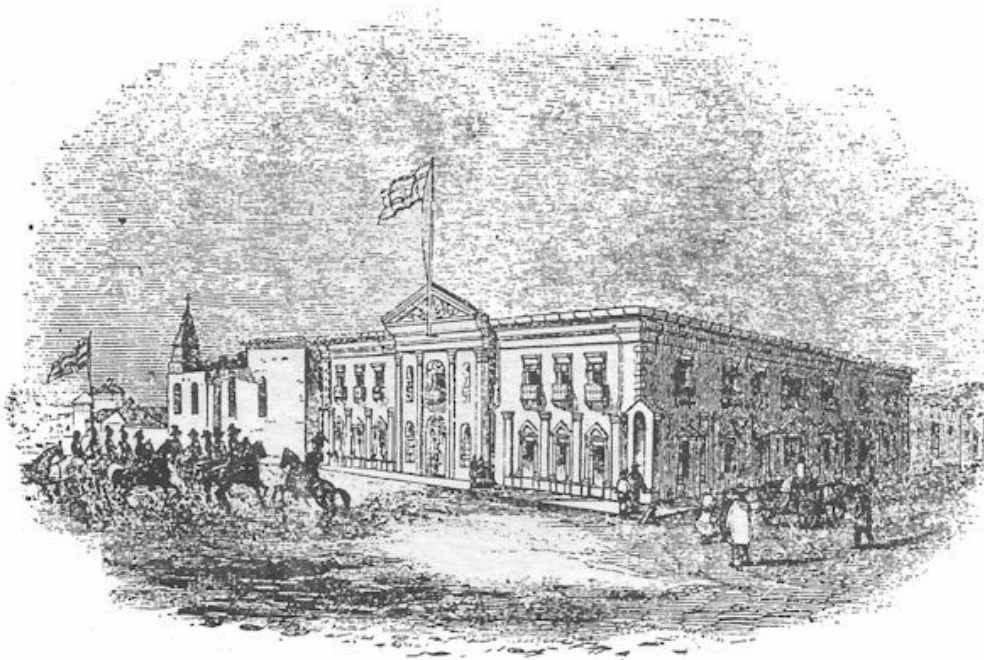
Facsímil de las firmas de don Manuel María Gutiérrez y su esposa doña Regina Umaña de Gutiérrez.

El 19 de Mayo de 1842 fui admitido en el Cuartel Principal con la delegación de tocar el Flautín.
El 11 de Setiembre del mismo año, se pronunció el país contra el General Morúa y me obligaron a pelear 11 veces en tres días contra los snios. Pero en mi deber, por que era subalterno de un gobierno Legítimo. Después de parada la revolución, me mandaron a servir en Honduca, hasta el 15 que vino don José Martínes a ordenar a las bandos y estube de soldado hasta el año 56 que me dieron el grado de Sargento 1º y tambien mayor de aquella banda, el año 58 con motivo de la campaña de Maquila, en la que tambien estubo en mi vida me hicieron sintonente, despues me trasladaron a San Jose hasta el año 62 que vino el caso de Martínes quien me recomendo al General don José Joaquín Mora y se me nombro Donce por General de las bandos de San José y Cartago.

Fragmento de un manuscrito de don Manuel María, su Hoja de Servicios, donde narra los inicios de su carrera Militar, desde el 19 de mayo de 1842.



El Cuartel Principal de San José estaba lleno de recuerdos para don Manuel María. Allí luchó en 1842 al lado de la gente de Morazán; en él compuso la música del Himno Nacional; sentado al frente, descubrió a su principal discípulo: Rafael Chaves Torres.



Con oportunidad de la inauguración del Palacio Nacional en 1855, compuso don Manuel María el vals "El Palacio".



Doña Regina Umaña de Gutiérrez esposa de don Manuel María Gutiérrez.



Charles L. Wyke, comisionado de la Gran Bretaña.



Robert M. Walsh, comisionado de los Estados Unidos.

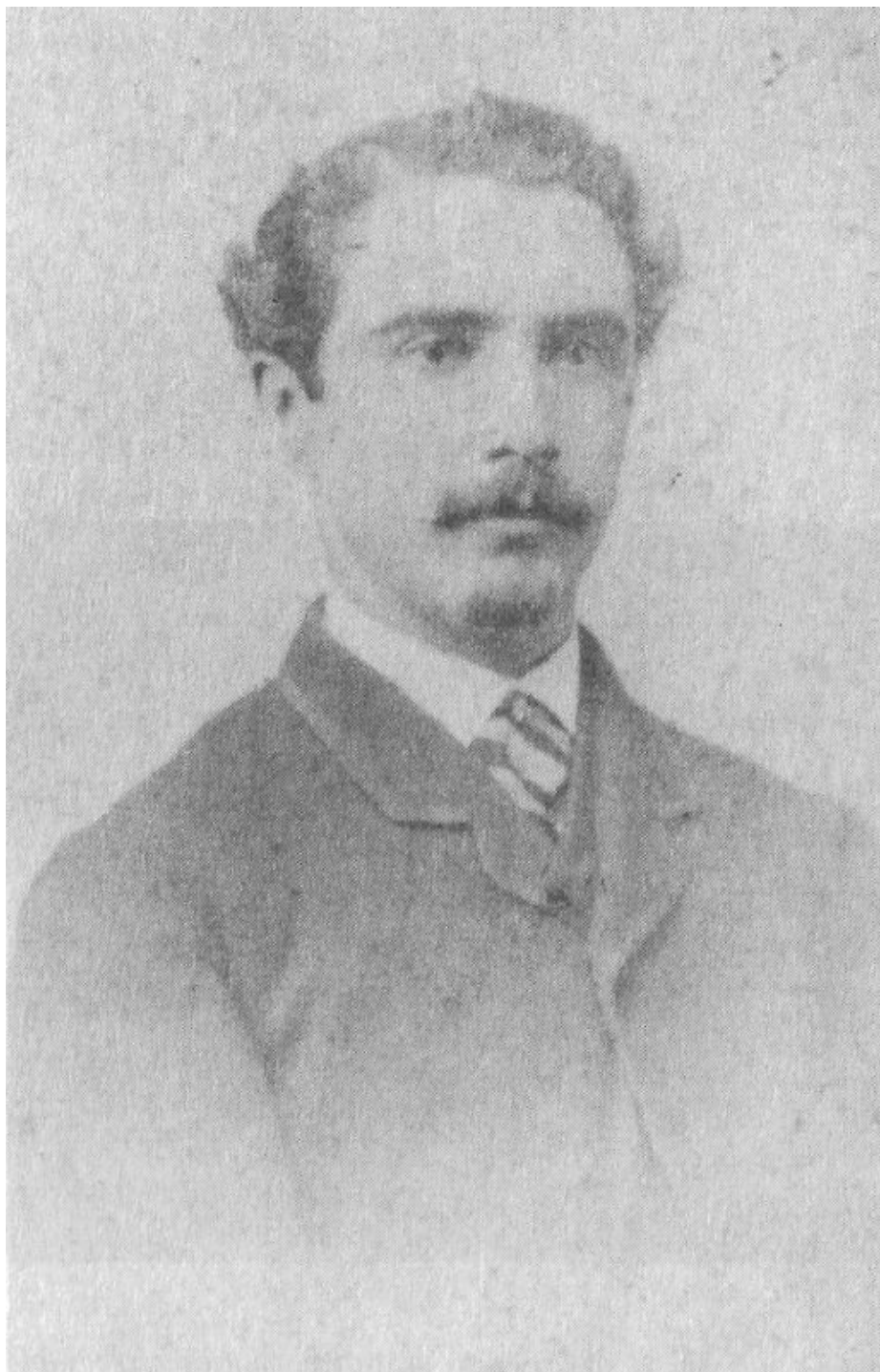
Los dos principales personajes, en honor de los cuales se estrenó el día 11 de junio de 1852, la música del Himno Nacional de Costa Rica.



Más de un elegante baile celebrado en el Palacio Nacional, fue acompañado por la orquesta del maestro Gutiérrez. Este, en recibimiento de Félix Belly, tuvo lugar en 1858.



Con sus vestidos de la época, los músicos de la Banda Militar obsequian una retreta al Presidente de la República, frente a su casa de habitación.



Expresión viva y juvenil todavía, de don Manuel María el año 1864 en París. Es la primera vez que se publica esta fotografía.



La viva expresión de las niñas que rodean al maestro Gutiérrez, contrasta con la expresión triste y alejada del maestro en esta fotografía de 1886. Sus dos hijas visten luto y en la mente del autor del Himno Nacional está el dolor por la pérdida de su hijo mayor.



La nostalgia por el padre ya ido. La madre viste de negro y su semblante es severo; las hijas no llegarían a casar. El hijo, en este caso Víctor, ha asumido las responsabilidades del hogar.

Foto Francisco Valiente, c. 1895.



La muerte de su hijo Belisario, llenó los últimos años de vida de don Manuel María de un profundo dolor.

HIMNO NACIONAL
DE LA
REPUBLICA
DE
COSTA-RICA

Compuesto y dedicado

A M^r. GABRIEL LAFOND DE LURCY,

*Consul general de Costa-Rica en Francia, antiguo Ministro Plenipotenciario, Cavaliero y Comdor de las
ordenes Imperiales y Reales de la Legion de Honor, de Isabel la Catolica, de Gregorio el grande, etc. etc.*

POR
M^{EL}. M^A. GUTIERREZ,

T. Coronel y Director Gral de las Musicas Militares en Costa Rica.

Paris, Ch. GAMBOGI et C^{ie} éditeurs, 112. rue de Richelieu, (Maison Ponscari).

HIMNO NACIONAL

de la República de COSTA RICA.

por M. M. GUTIERREZ.

Alleg. Moderato

PIANO

The first system of the piano accompaniment, marked 'PIANO' and 'Alleg. Moderato'. It consists of two staves (treble and bass clef) with a key signature of one sharp (F#) and a common time signature (C). The music features a steady eighth-note accompaniment in the bass and a more complex melody in the treble, with dynamic markings of *ff* and *f*.

The second system of the piano accompaniment, continuing the melody and accompaniment from the first system. It includes dynamic markings such as *ff*, *pp*, *dolce*, and *p*, and features a crescendo leading into the final measure.

